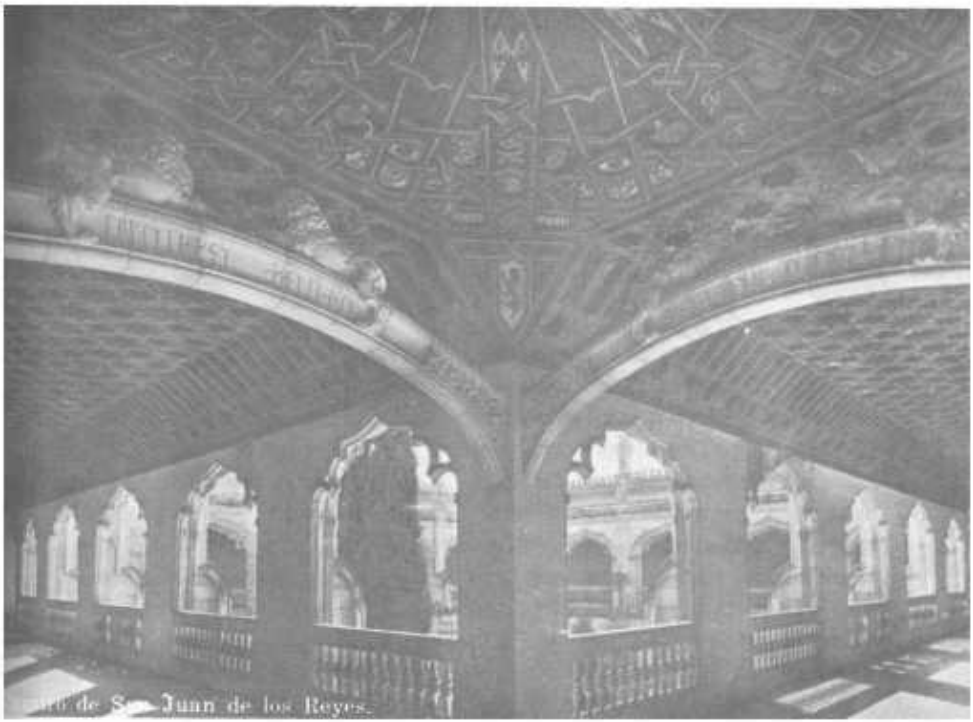


LA UNIFICACION ESPAÑOLA

SIGLO XV

LA UNIFICACION ESPAÑOLA

La tarea del historiador es demoler mitos, a pesar de aquellos a quienes no les guste (1).

Nunca hemos sentido una inclinación exagerada hacia historiadores deterministas. No seríamos tan necios para negarle sus méritos, grandes méritos en algunas ocasiones, pero con harta frecuencia consideramos que sus argumentos deterministas no son sólidos, o mejor dicho, no tan sólidos en muchos casos históricos como ellos y sus seguidores pretenden. Por supuesto que al decir esto no queremos atribuirnos cualidades de originalidad. Muchos y muy distinguidos historiadores desde hace años exponen sus dudas al respecto. Los designios de Clío no se pueden predecir ni anticipar tan fácilmente. Sobre el tema se ha escrito demasiado. Karl R. Popper ha dedicado un interesantísimo libro a analizar el asunto (2). Por otro lado, Isaiah Berlin en su obra **"Historical Inevitability"** (3) nos ofrece uno de los ensayos más penetrantes de los últimos años. Su iluminador trabajo se basó en una conferencia dictada en la London School of Economics, en 1954, en honor a la memoria de Augusto Comte.

Existe otro tipo de enfoque histórico que podríamos llamar: "Historia especulativa". El "pasatiempo" es muy atractivo y conocido. ¿Qué hubiera sucedido si: los hoplitas hubieran sidos derrotados en Maratón; si la nariz de Cleopatra hubiera sido menos larga; si los ojos de Ana Bolena no hubieran sido tan azules; si Grouchy llega a tiempo en Waterloo; si no se lanza una bomba a un archiduque austriaco en un pequeño pueblo de Bosnia en el verano de 1914? Y así, **ad-infinitum.** Por esta clase de trabajo histórico especulativo también sentimos cierta aversión por considerar que en la mayoría de los casos no es otra cosa que una pérdida de tiempo. Más a veces resulta harto difícil el sustraerse a tal práctica ya

que hay casos históricos que se prestan irremediablemente a hipotéticas especulaciones de este tipo, por estar llenos de posibilidades tan atrayentes que nos inducen a practicar lo que condenamos. Claudio Sánchez–Albornoz ha escrito: "Todo historiador digno de tal nombre sabe que el pasado de cualquier pueblo ha podido ser de otra manera de como ha sido" (4).

Por muchos años nos hemos sentido así en relación con una batalla librada a principios de 1476 -cuando ni la unidad política española ni la América europea eran realidades– a orillas del Duero y cerca de la entonces importante ciudad de Toro en Castilla la Vieja. Toro era frecuente residencia real y también de las Cortes de Castilla en esos tiempos. El combate militar se conoce como la "Batalla de Toro" y podemos afirmar, sin riesgo a equivocarnos, que en las orillas del Duero se decidió gran parte del futuro español y americano. Allí un ejército castellano-portugués se enfrentó a otro castellano-aragonés para dilucidar por medio de las armas quiénes se iban a sentar en el trono de Castilla. Los candidatos, ninguno de los cuales poseía credenciales intachablemente legítimas, eran: Alfonso V de Portugal y su sobrina y esposa Juana de Castilla, por un lado, y Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, los futuros Reyes Católicos, por el otro; Juana esperaba el destino de la batalla protegida por las murallas de Toro; Isabel, por las de Tordesillas (5). El conflicto se había iniciado cuando los partidarios de Juana, que odiaban la dinastía de Aragón, promovieron levantamientos en varios lugares de Castilla, inclusive en Sevilla y Madrid. Ellos defendían los derechos de Juana a la Corona proclamados por ésta desde mayo de 1475 (6). Pero esta no era una más entre las innumerables luchas dinásticas de España y Europa. Algo de fundamental importancia, además de ambiciones personales, estaba en la balanza.

En las postrimerías del siglo XV, la Península Ibérica se encontraba fraccionada en tres grandes unidades sociopolíticas de importancia: Aragón en la región oriental, Castilla en el centro y Portugal en la parte occidental. Existía también un pequeño reino de Navarra, que incluía provincias francesas, además de las españolas, pero que no desempeñaba, por sus escasos recursos militares, económicos y políticos, un papel tan importante. El reino de Granada constituía un bastión musulmán en tierras meridionales y a éste no se le podía considerar insignificante; pero se daba por descontado que una España cristiana, unida políticamente,

tarde o temprano, y más bien lo último, absorbería el último reducto del Islam en la Península Ibérica.

El reino de Aragón estaba compuesto por los reinos, o provincias, de Valencia, Aragón y Cataluña. Este reino "miraba desde la costa oriente de la península a un imperio que había llegado a extenderse a través del Mediterráneo hasta Grecia" (7). En el siglo XIV Aragón llevó a cabo una gran expansión comercial dirigida por catalanes, mallorquines y valencianos la cual "parece alcanzar su cenit de Brujas a Alejandría y del Senegal al Mar de Azov" (8). En realidad el nombre de Aragón no se ajustaba a la realidad de esos Estados levantinos ya que el interior era mucho menos importante que Cataluña y Valencia. La dinastía era catalana y fue Cataluña la que entre el final del siglo XIII y el siglo XIV, con sólo medio millón de habitantes conquistó y organizó un imperio (9). Pero en el siglo XV Aragón había sido víctima de crisis económicas y su situación era seria.

Castilla era por su situación geográfica e importancia económico-militar el gozne natural y lógico sobre el cual giraría cualquier eventual unión política en la Península. Ello se podía colegir por la sencilla razón de que Castilla poseía una mayor riqueza y población que sus dos importantes vecinos. Su territorio incluía las dos terceras partes del área peninsular y alrededor de las tres cuartas partes de la población. En esa época la extensión territorial de la Península Ibérica era de unos seiscientos mil kilómetros cuadrados y la población aproximada de 11.350.000 habitantes (10). No es de extrañar, dado sus recursos económicos y humanos, que haya sido Castilla el reino más activo e interesado en la cruzada contra los musulmanes.

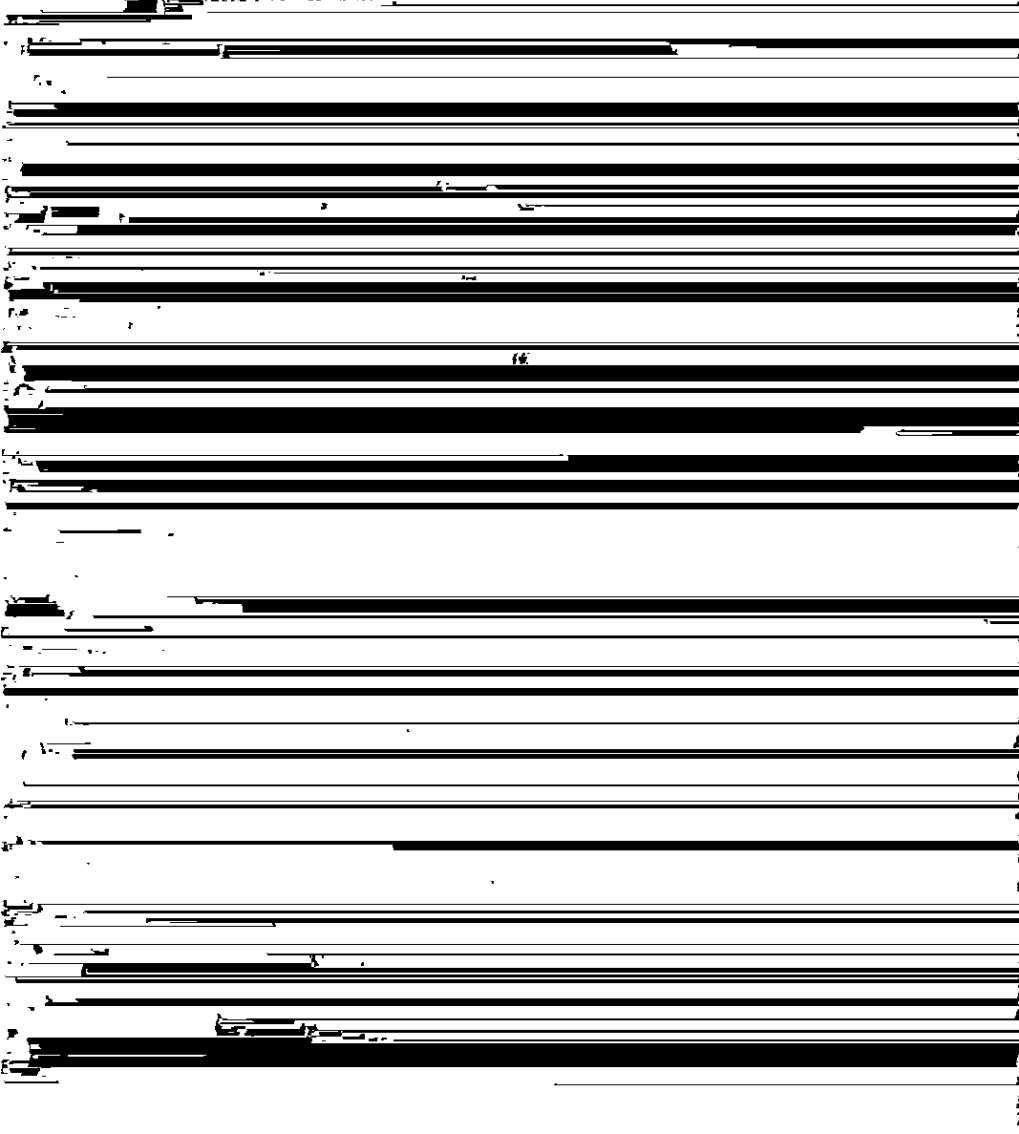
Pero el reino de Portugal a diferencia del de Aragón gozaba de gran prosperidad en el siglo XV. Sus navegantes eran el asombro del mundo. El príncipe Enrique el Navegante había creado una excelente escuela de navegación en Sagres, donde se adiestraban los marinos que tripulaban las embarcaciones portuguesas que tantos descubrimientos hicieron en ese siglo. Portugal se convirtió en un floreciente Estado Mercantil. Mercaderes de diversas partes de Europa, atraídos por sus ventajas, acudían a Lisboa que se había convertido en la nueva Venecia, la nueva Génova del Atlántico. En 1391, cuando grupos de judíos eran perseguidos en Castilla y Aragón, muchos se refugiaron en Portugal, entre ellos los cartógrafos judíos mallorquines, los mejores de Europa (11).

En 1469 Isabel de Castilla, —hermana del soberano Enrique IV y por lo tanto tía de Juana, la hija de éste— se casó con Fernando de Aragón, hijo de Juan II de Aragón y heredero a la Corona de su padre. Los novios pertenecían a ramas de la familia de Trastámara. Las razones por las cuales la infanta Isabel escogió a Fernando las analizaremos más adelante. Cinco años después del matrimonio, al morir el monarca castellano, Isabel fue coronada en Segovia con el respaldo y anuencia, complicidad dirían algunos, del gobernador de la plaza. Las dudas acerca de la legalidad del acto surgieron porque las credenciales y derechos de Isabel a la Corona no eran tan diáfanos como pretenden hacernos ver sus fervorosos admiradores entre historiadores contemporáneos a su época y los de tiempos posteriores.

A riesgo de que se nos tilde de **advocatus diaboli**, examinemos las razones de peso que existen para poner en tela de duda los derechos de Isabel al trono de Castilla, que en forma tan irregular, por no utilizar otro adjetivo, asumió el 13 de diciembre de 1474. El Rey Enrique IV de Castilla había muerto el día 11. La infausta nueva llegó a Segovia unas horas después y allí se encontraba la Princesa Isabel, quien había seleccionado a Segovia para residir, en esos días tan importantes para su destino, porque se sentía protegida en el casi inexpugnable alcázar y contaba, además, con la fidelidad y respaldo del Alcalde Andrés de Cabrera, de su mujer Beatriz de Bobadilla, quien había sido dama de Isabel, del Obispo y regidores de la ciudad. El ayuntamiento de Segovia deliberó durante el día 12 y sus miembros acordaron proclamar a Isabel Reina de Castilla, tarea que llevaron a cabo en la mañana del 13. Tan importante como esta proclamación fue la decisión de Andrés de Cabrera, tomada inmediatamente después de finalizar la ceremonia, de entregarle el alcázar con los grandes tesoros dejados por Enrique IV Nos dice Fernández de Oviedo que de esos tesoros dependía "el hacer reina a Isabel y a su rival, como mejor hubiera querido" (12). Con ello aseguraba la nueva soberana los resortes financieros que tanto necesitaría en la lucha que se avecinaba. Segura del respaldo de Segovia, y luego de preparar las exequias de su hermano, Isabel comunicó a las ciudades burgos y villas de Castilla su proclamación como soberana del reino.

Todo esto sería una mera narración ilustrativa que no cabría en un ensayo de esta naturaleza de no haber incidido en forma con-

el convencimiento de que la criatura era fruto del adulterio con el



Pfandl, al igual que muchos autores modernos, admiradores de Isabel, da por descontada la impotencia de Enrique IV. El respaldo documental para tal aseveración de los detractores del monarca lo constituye

No fue sino dos años después del nacimiento y reconocimiento de la infanta que un grupo de magnates castellanos, quienes se habían sublevado contra el monarca, lanzó en Burgos, 28 de septiembre de 1464, la cruel acusación contra la pequeña princesa. Unos meses después, en junio de 1465, se escenificó el tristemente célebre "Tablado de Avila". Allí un monigote que representaba al soberano fue privado de la corona y del cetro y derribado a tierra a los gritos de: "a tierra puto" (22). Luego se reconoció a Alfonso como Rey de Castilla. Hay dos acontecimientos, sin embargo, que preceden a la comedia de Avila, que deben tenerse en cuenta. En mayo de 1464, Enrique le había concedido el lucrativo Maestrazgo de Santiago a Beltrán de la Cueva y en noviembre del mismo año había firmado el Rey una capitulación en la que declaraba heredero al trono a su hermano Alfonso, el cual tendría que casarse con la infanta Juana, **hija del Rey.**

La campaña de infundios y calumnias que se agudiza contra Juana, madre e hija, después de los acontecimientos de Avila está dirigida por nobles que supeditaban a sus egoístas intereses el interés general y el bien público. Uno de ellos era el arzobispo de Sevilla, Alfonso de Fonseca, un concupiscente prelado que había intentado seducir, sin éxito alguno, a la reina Juana cuando ésta fue colocada bajo su protección en el Castillo de Alaejos (23). A pesar de que la reina cometió un desliz posteriormente, su conducta hasta entonces fue intachable (24). El otro mortal enemigo de la reina y su hija era Juan Pacheco, marqués de Villena, "intrigante de la peor especie" (25).

Tanto Pacheco como Fonseca ambicionaban el Maestrazgo de Santiago, pues ellos, al igual que los sublevados que los seguían, aspiraban a dominar a la persona del soberano para monopolizar las prebendas y posiciones de mayor importancia en el reino. El nombramiento de Beltrán de la Cueva, el nuevo favorito, quien remplazaba a Pacheco en la confianza del monarca, fue un rudo revés para los insurrectos. El historiador aragonés Andrés Jiménez Soler ha escrito al respecto: "si don Enrique hubiera dado el Maestrazgo de Santiago, como al fin se lo dio, a don Juan Pacheco, Marqués de Villena, esa niña no hubiera sido Beltraneja, sino Enriqueña" (26).

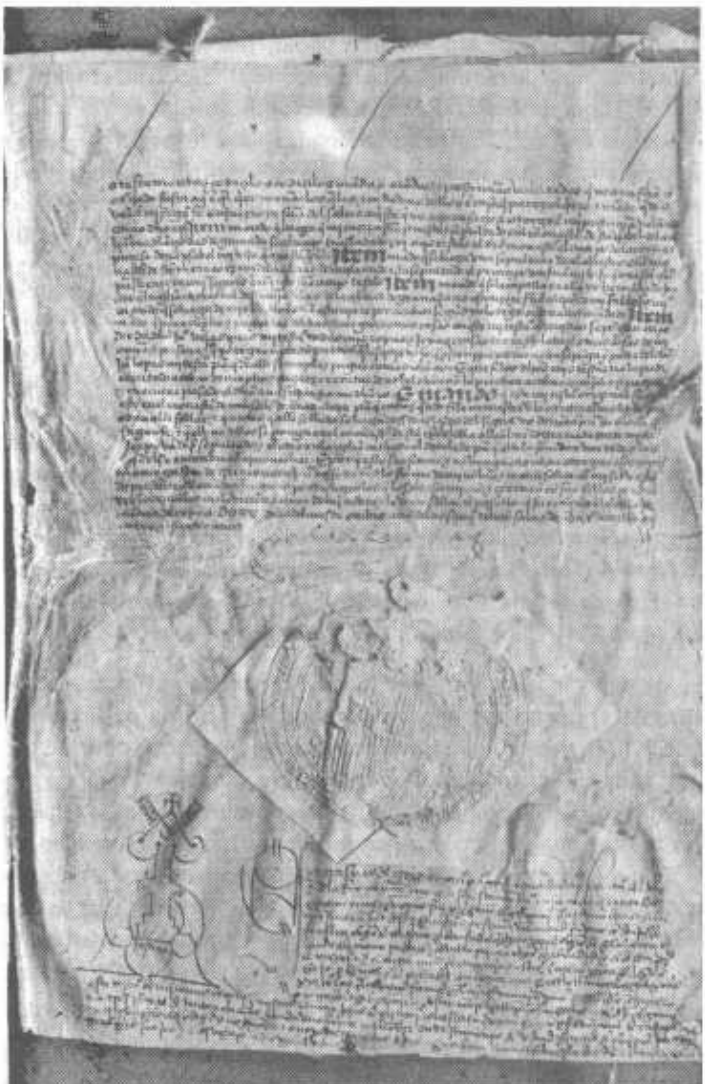
Ya el doctor Marañón (27) ha demostrado en forma irrefutable la falsedad de la acusación de impotente contra Enrique IV. El monarca sí

estaba en capacidad de preñar a la reina de acuerdo con los estudios realizados por el distinguido científico e historiador. Con él ha surgido la tradicional hidalguía castellana para rehabilitar a la infortunada reina y a su aún más infortunada hija. Pero en el siglo XV, obispos concupiscentes y nobles sin escrúpulos se empeñaban en calumniar a una desdichada reina y a una infeliz princesa, pues así creían debilitar la posición de un rey que no se avenía a sus bastardos intereses.

Poco les valió todo ello, pues fueron derrotados por las fuerzas reales en la batalla de Olmedo, librada en septiembre de 1467. Nueve meses después moría don Alfonso, envenenado según algunos, por sus propios partidarios dirigidos por el Marqués Villena (28). La muerte del infante, conocida por Alfonso XIII por los sediciosos, y la falta de apoyo de las comunidades de Castilla, obligó a los nobles insurrectos a buscar una reconciliación con su soberano. Isabel, heredera de los derechos de su hermano, fue una de las primeras en adoptar esta posición. Se preparó así el terreno para la famosa entrevista de los Toros de Guisando, entre los partidarios de la infanta Isabel y el Monarca de Castilla.

De acuerdo con la tradición, aceptada hasta hace poco, el 18 de septiembre de 1468 se reunieron los principales nobles, representantes religiosos y magnates en esta pequeña aldea de Avila y mediante un documento real Enrique IV nombró como su legítima heredera a Isabel, reconoció el adulterio de su esposa y la ilegitimidad de la infanta Juana. La nueva heredera decidiría, de acuerdo con los consejos de sus asesores, lo que se debía hacer con la princesa Juana. La reina, por el contrario, sería expulsada de los reinos y se procuraría el divorcio del monarca. Isabel prometía por su parte no casarse sin el consentimiento del Rey. De ser verídico tan inaudito documento, Isabel violaba de antemano el acuerdo, pues ya estaba decidida, con la anuencia y ayuda del arzobispo de Toledo, a aceptar las proposiciones matrimoniales de Fernando de Aragón.

No es de extrañar que más de un historiador haya dudado de la autenticidad del insólito documento de Toros de Guisando. Jaime Vicens-Vives el prestigioso historiador catalán (29) nos dice en su obra sobre Fernando el Católico (30) "es inconcebible que (Enrique IV) hubiera firmado un documento reconociendo el adulterio de su esposa



Testamento de Isabel la Católica, en el cual nombra heredera de Castilla a su hija Juana (Archivo General de Simancas).

y la bastardía de su hija" (31). Vicens-Vives dedica varios párrafos de su obra para negar la existencia de este pacto, por lo menos en los términos expuestos por los cronistas isabelinos (32). Según él, el texto tradicional de Toros de Guisando "es tan sospechoso que no resiste el más leve examen crítico". Entre las anomalías que le permiten emitir tal juicio tenemos: fechas equivocadas, falta de suscripción, interpolaciones evidentes, desconcierto de los cronistas de Isabel al citar las pretendidas cláusulas del documento, cláusula final que permite ulteriores invenciones documentales, etc. Y termina diciendo: "suponemos pues que en 1469 ó 1470 se forjó la falsificación del pretendido pacto de los Toros de Guisando" (33).

Este fenómeno no es nuevo ni patrimonio exclusivo de Castilla y España. Cuando un bando obtiene la victoria en una guerra civil dinástica sus cronistas y partidarios se dedican a ennegrecer la reputación del representante del bando perdedor. Si se nos permite una nueva analogía con la historia inglesa igual cosa sucedió cuando los Tudor, con Enrique Lancaster a la cabeza, derrotaron a Ricardo III de Inglaterra y miembro de la familia York. La campaña de calumnias y vilezas que se desató contra Ricardo III no tiene paralelo. Figuras tan respetables como Sir Tomas More (34) y Shakespeare (35) participaron en ella (36).

Es de esperar que entre las magníficas monografías que se están publicando en torno a diversos aspectos de la historia de España en el Siglo XV (37), vea la luz en un futuro cercano una que dilucide de una vez por todas el misterio de la entrevista de Toros de Guisando. Por lo pronto un medievalista murciano ha descubierto el acta notarial de lo ocurrido, acta que fue enviada por la infanta Isabel a Murcia en 1471. En ella, aún cuando se reconoce como legítima heredera a Isabel no se menciona ni a la reina Juana ni a su hija. Esto corrobora las sospechas de Vicens-Vives y otros en torno a posibles y probables falsificaciones en la copia del tratado utilizada hasta ahora y que por cierto data del siglo XVIII (38).

El matrimonio de Isabel con Fernando se efectuó en Valladolid en marzo de 1469 y como el Papa rehusó conceder la bula de dispensa, necesaria para matrimonio entre parientes cercanos, se falsificó una bula. La Iglesia consideró la unión un concubinato incestuoso y la excomunión no se hizo esperar. Al decidirse por el pretendiente de

Aragón, Isabel no sólo se casaba sin el consentimiento de su hermanastro sino que desairaba a Carlos de Valois, hijo de Carlos VII de Francia y a Alfonso V de Portugal el preferido de Enrique IV. El primero hubiera representado la continuación de la vieja alianza entre Castilla y Francia y el segundo la identificación de los intereses de los reinos más occidentales de la Península.

Varias razones motivaron el escogimiento hecho por la infanta castellana. El de Fernando era el que más le atraía entre los retratos enviados por los pretendientes. El partido aragonés en Castilla era poderoso y estaba dirigido por el arzobispo de Toledo quien falsificó la bula papal. Los agentes del Rey de Aragón compraron a muchos nobles castellanos para que le dieran su apoyo al príncipe aragonés. Y finalmente, prominentes familias hebreas, tanto en Castilla como en Aragón, deseaban el enlace para mejorar la frágil posición de los judíos en Castilla mediante un enlace entre la heredera de Castilla con un príncipe que, por el lado materno, había heredado sangre judía (39). Es bueno recordar, a los que consideran esta unión como algo inevitable, que no existían "irrefutables argumentos económicos o históricos para unir a las dos coronas, pues antipatías mutuas hacían poco atractivas las perspectivas de la unión" (40).

El 26 de octubre de 1470 Enrique IV, disgustado sin duda por el matrimonio de Isabel, vuelve sobre sus pasos, la deshereda y proclama como su legítima heredera a su hija Juana. Desde entonces hasta la muerte de Enrique en 1474 hubo en Castilla dos Cortes, la del monarca y la de los reyes de Sicilia, como se conocía a Fernando e Isabel por los derechos del primero a la gran isla Mediterránea. Y cosa curiosa, el marqués de Villena y muchos de los nobles y magnates que habían montado el "Tablado de Avila" y que habían denigrado con sus calumnias a la infanta Juana, respaldaban ahora al soberano y Villena era nada menos que el guardián de la princesa, a quien ahora sí reconocían como legítima hija y heredera del Rey de Castilla. La farsa de Avila había sido echada al olvido al igual que el compromiso de Toros de Guisando (41). Cuando ocurrió la muerte de Enrique IV y se proclamó reina en Segovia a Isabel, en la forma que ya comentamos, uno de los primeros adherentes a la causa isabelina resultó ser Beltrán de la Cueva, el supuesto padre de Juana. Esta actitud del noble en favor de la princesa que le usurpaba

los derechos al trono a su supuesta hija sería imposible de aceptar, a pesar de las fallas morales que pudiera tener Beltrán, a no ser que este reconociera íntimamente que no era el autor de la paternidad que se le asignaba como una vil calumnia.

Isabel y Fernando trabajaron con tesón para ganar adeptos en Castilla, convirtieron los tesoros de Segovia en monedas para pagar a sus partidarios; obtuvieron el importante respaldo del Gran Cardenal de España, don Pedro González de Mendoza, lograron la legitimación de su matrimonio y prepararon los ejércitos que habían de vencer en Toro. Pocas veces se ha visto una demostración similar de energía, tenacidad, consistencia y arduo trabajo ante la adversidad. Toro fue la culminación de todos estos esfuerzos. Con razón para pagar un voto, Isabel mandó a construir esa joya arquitectónica que es la iglesia monacal de San Juan de los Reyes en Toledo, edificada por Juan Guas para sepulcro de Fernando e Isabel, donde se conjugaron los estilos neo-gótico, plateresco y renacentista (42). Esta vasta capilla real de los Franciscanos de Toledo basa en gran parte su decoración interior en las cifras coronadas de Fernando e Isabel (43) y constituye el testimonio más expresivo y definido del llamado estilo Isabel y también Reyes Católicos (44). La iglesia de San Juan de los Reyes la ha calificado Chueca Goitía como "la obra más significativa del nuevo reinado, la que simboliza artísticamente y es el santuario de la unidad española". Y luego añade que con San Juan de los Reyes, Isabel y Fernando "hicieron de pleno el monumento de su reinado" (45). No cabe duda que la batalla de Toro, cuya victoria es conmemorada por esa iglesia, aseguró la unidad española a base de la unión de Castilla y Aragón.

Un ilustre historiador catalán nos dice que en la guerra de sucesión que se decidió en Toro "no sólo se planteaba un problema jurídico —el de los derechos de las princesas Juana e Isabel respectivamente— sino el más vasto de qué papel ejercería Castilla en la organización peninsular" (46). En esta contienda ambos bandos contaron con aliados foráneos. Juana fue apoyada por Francia y Portugal; Isabel recibió el respaldo de Aragón, Nápoles, Borgoña e Inglaterra. La victoria fue de las armas castellano-aragonesa, gracias a la magnífica actuación militar de Fernando de Aragón, aun cuando algunos historiadores portugueses como Faria y Sousa pretenden demostrar que el triunfo le correspondió al príncipe don Juan, hijo del monarca de Portugal, quien permaneció con

su ejército en el campo de batalla después de finalizada la contienda (47). Pese a estos prejuicios portugueses y a que el triunfo no fue tan brillante como el que obtuvieron los lusitanos en Aljubarrota (48) en 1385, las fuerzas de Fernando llevaron la mejor parte. El castillo de Zamora se rindió y el éxito militar le aseguró Castilla a los Reyes Católicos (49).

En 1479 terminó la guerra civil; ese mismo año murió Juan II de Aragón y su hijo Fernando, junto con su esposa Isabel, iniciaron el gobierno de las Coronas de Aragón y Castilla. ¿Y qué suerte corrió la desdichada Juana? En enero de 1479 cuando los Reyes Católicos se encontraban en Trujillo, ciudad de Extremadura donde había nacido el futuro conquistador del Perú, la infanta doña Beatriz de Portugal le pidió a su sobrina Isabel que aceptara una entrevista para tratar de encontrarle una justa solución al conflicto. De momento, exigencias militares impidieron a la soberana de Castilla aceptar la petición, pero la victoria de las armas castellanas en la batalla librada en las llanuras de Albuera, que venía a confirmar lo que ya se había decidido en Toro, facilitaron las reuniones entre las dos damas en los últimos días de marzo (50).

Se escogió como sede de las importantes conversaciones la ciudad de Alcántara, cerca de la frontera con Portugal. Allí se trasladó Isabel, mientras su consorte aguardaba en Cáceres el resultado de las conversaciones. El acuerdo a que se llegó se conoce con diversos nombres —paz de Trujillo, tratado de Alcaçovas, tratado de Alcántara— pero con él cesan definitivamente las hostilidades. El 4 de septiembre se firmaron las capitulaciones en la villa portuguesa de Alcacovas. Por medio de lo acordado, Alfonso de Portugal renunciaba a sus derechos a la Corona de Castilla y se decidía el futuro de Juana. Los Reyes Católicos se comprometían casar a su hijo y heredero con doña Juana. La última estaba en el derecho de rehusar el enlace, pero en ese caso quedaría bajo la custodia de doña Beatriz hasta tanto ingresara, como monja, en un convento en tierras de Portugal. Su unión con el soberano portugués quedaba, por supuesto, anulada. Hasta tanto se celebrasen las bodas de doña Juana permanecería en tercería bajo la protección de doña Beatriz (51).

Cualquier observador desapasionado tendrá que sorprenderse ante la extraña actitud de los Reyes Católicos al consentir casar a su hijo here-

dero con una princesa que ellos consideraban ilegítima y que, además, era 16 años mayor que el heredero castellano. Un acucioso defensor de la memoria de doña Juana nos dice en relación con el arreglo hecho por los Reyes Católicos en torno a la infeliz princesa que: "Doña Isabel ahora, como don Fernando ahora y más tarde, no realizaban una transacción reprobable, sino que procuran legalizar la situación de su estirpe, como lo habían hecho con matrimonios posteriores a la usurpación todas las casas europeas en igual estado . . . Casar a un descendiente que ha ganado la Corona en el campo de batalla o por un golpe de Estado, con la heredera legítima, fue regla de aquellos tiempos, homenaje que la fuerza rendía al Derecho" (52).

Modesto Sarasola en su interesante ensayo sobre el problema refuta los argumentos del diplomático cubano Ferrara, y sostiene que ". . . tal y como quedó en las capitulaciones, estaba lejos de ser agobiante y sombrío el porvenir que Castilla asignaba a doña Juana, como pudiera hacer creer un examen superficial de la cuestión. Sería injusto imaginarse a la Reina Católica como animada de un espíritu de represalia y venganza contra su émula" (53). Y en otra parte de su trabajo da a entrever que Fernando e Isabel no eran sinceros en sus promesas ya que "todo induce a suponer que el asunto matrimonial no era, por parte de Castilla, sino mero recurso diplomático, una concesión impuesta por las circunstancias, pero cuya ejecución se dejaba a largo plazo, en espera de que el tiempo y los acontecimientos que pudieran sobrevenir entre tanto permitieran eludir el compromiso" (54). Sin deseos de restarle méritos a Sarasola nos parece que sus argumentos no poseen un vigoroso testimonio documental; quizás ello se deba a la brevedad de su ensayo.

De todos modos la propia Juana vino a resolver el "impasse" para satisfacción de sus malquerientes e infortunio de sus seguidores. Sintiéndose humillada, vejada, perseguida y presionada optó por tomar los hábitos en el Monasterio de Santa Clara de Coimbra el 15 de noviembre de 1480. Al año siguiente moría Alfonso V de Portugal, Juana vivió hasta el año 1530 y jamás dejó de reconocer sus derechos a la Corona de Castilla, todos sus escritos los firmaba "Yo la Reina". Lo más curioso, y quizás indicativo como señal de deseo de espiar viejas culpas, es que al morir Isabel en 1504, Fernando el Católico le propuso matrimonio. La desdichada reclusa rehusó la oferta.

Se resolvía así definitivamente la querella sucesoria en Castilla. España sería desde entonces Castilla y Aragón, pero ha podido muy bien ser Castilla y Portugal. Ese mismo año, 1479, como se ha explicado, Castilla y Aragón quedaban bajo una misma dinastía. "Es inútil poner adjetivos románticos a un hecho de tanto relieve. Visto desde el extranjero, la antigua Hispania (de la que aún quedaba separada Portugal) tenía ya una sola voz y una sola voluntad. Y ello bastaba" (55). Tampoco se incluían en el nuevo Estado los reinos de Granada y Navarra, pero dentro de unos cuantos años ellos serían incorporados gracias a la labor de los Reyes Católicos.

Pero, ¿había un solo Estado formado por Aragón y Castilla? Isabel, al igual que su esposo, tenía derechos de soberana y el lema que popularizó el pueblo y que sostenía que "tanto monta monta tanto Isabel como Fernando" parecía proclamar esta igualdad. Mas en realidad Fernando le cedía prelación a la reina en los asuntos de Castilla y esta a aquel en los de Aragón. La unión de las dos Coronas no sólo sirvió para iniciar cierto grado de integración política entre Castilla y Aragón sino, además, preparó el camino para la conquista del reino de Granada, la adquisición de Navarra y el descubrimiento de América. Estos son logros que se deben atribuir en gran parte a los esfuerzos, desvelos, habilidad e inteligencia de los Reyes Católicos. Ellos sentaron las bases para la creación de un gran imperio, el más poderoso conocido hasta entonces. Fernando e Isabel tienen un sitial de honor asegurado en la historia de España y el Mundo.

Por otro lado, si se estudian los aspectos negativos de esa unión, sin buscar una salida tangencial, se podrá llegar a la conclusión que quizás una integración de Castilla con Portugal hubiera producido resultados tan excelsos, aun cuando diferentes, sin necesidad de pagar el costosísimo precio que España hubo de sufrir por su grandeza imperial. Porque no cabe la menor duda de que Castilla y España hubieron de pagar un altísimo precio en vidas, miseria, sangre, lágrimas y decadencia por ese quijotesco afán de dominar a Europa, al que la impulsó la tradición e intereses de Aragón.

Hay que partir de la premisa que desde el punto de vista geográfico y cultural Portugal y Castilla se asemejaban mucho más que Castilla y los países que hablaban catalán (56). Portugal significaba el Atlántico,

Aragón el Mediterráneo. No es muy difícil imaginarse que si la unión hubiera sido con Portugal, el más adelantado de los países marítimos en el siglo XV, el descubrimiento del Nuevo Mundo habría ocurrido siempre desde la Península. Ambos reinos se hubieran complementado maravillosamente. El poderío militar y los recursos económicos de Castilla unidos a los adelantos marítimos de Portugal habrían servido de mutuos beneficios.

Sin preocupaciones en Europa, pensamos, la historia de Castilla y Portugal hubiera sido muy distinta. Intereses mercantiles, creación de una poderosa clase media, tendencias liberales, todo ello cabe dentro del campo de las posibilidades en tal unión. Pero cuando el enlace finalmente se logró a fines del siglo XVI, bajo el reinado de Felipe II, ya era demasiado tarde. En el siglo XV la cosa hubiera sido muy diferente. La irradiación atlántica significaba prosperidad, bienestar interno y una bendita ausencia de intromisión en asuntos internos europeos. La irradiación Mediterránea, por otro lado, solo resultó a la postre en el debilitamiento y desprestigio de Castilla y España.

Aragón y más concretamente Cataluña, se tuvo que enfrentar, como ya hemos visto, a una aguda crisis económica en el siglo XV. La economía catalana estaba proyectada hacia el oriente ya que "la red de relaciones económicas de Cataluña precedió casi siempre a la acción cultural y política de los pueblos levantinos de la Península en los países mediterráneos"(57). Ante la debilidad económica, el gobierno de la Corona de Aragón inicia una política Mediterránea de imperialismo político, "basado en una fuerte flota de guerra a poder ser permanente y proteccionismo general" (58). Para Aragón la unión con Castilla vino a ser como una tabla de salvación que lo rescató del proceloso mar económico en el cual amenazaba naufragar. La pujanza y el poder económico de Castilla, puestos al servicio de la Corona de Aragón, permite restaurarle en los lugares tradicionales de su comercio con amplias ventajas aduaneras, primero en Cerdeña, luego en Sicilia y finalmente en Nápoles y Africa Menor (59).

Desafortunadamente, la unión no sólo sirvió para que el poderío económico de Castilla restaurara la prosperidad de la Corona de Aragón. Ella significó también un cambio fundamental y negativo en la política exterior de Castilla. La vieja y beneficiosa alianza con Francia fue sacri-

ficada para formar una con Borgoña, amiga tradicional de Aragón. Esta identificación de intereses con Borgoña significaba asimismo una estrecha asociación con el Imperio germano, es decir con los Habsburgos de la Casa de Austria. Por satisfacer intereses aragoneses, Castilla empezaba a inmiscuirse en los problemas de la Península Italiana y del centro y norte de Europa. Esta perniciosa dicotomía de la política exterior española, impulsada por el consorte de Isabel, resultaría, a la larga, fatal para los intereses del reino.

Estos mismos intereses impulsaron a Fernando a concertar el matrimonio de su hija Juana, la que con el tiempo se conocería con el apodo de "la Loca", con Felipe de Borgoña, o Felipe el Hermoso, hijo del Emperador Maximiliano. Este enlace matrimonial, al decir de un brillante historiador neerlandés, "preparó la contranatural conexión entre las Provincias Unidas del Norte y España, la cual condujo a resultados tan desastrosos" (60). Felipe de Borgoña murió joven y su hijo Carlos, el futuro Carlos V, heredó el imperio multinacional "en el cual las Provincias Unidas del Norte eran, sin duda alguna, uno de los elementos más valiosos, pero en el cual intereses hostiles a los holandeses influían sus objetivos políticos" (61).

He aquí el génesis de todos los problemas de Flandes que tanto desgastaron los recursos humanos y económicos de España. Y las posesiones españolas y con ellas los problemas en Europa fueron aumentando. Además de Cerdeña, Sicilia y los Países Bajos, se adquirieron el Milanesado y el Franco Condado. En esta forma España acabó "derrochando sangre y economía en los campos de Muhlberg o en los de la Montaña Blanca, para acabar en la fosa de Rocroy" (62). Y no cabe duda de que la imposición de una dinastía extranjera en el trono de España, la que orientó su política exterior hacia metas y objetivos tan peligrosos, fue obra de Fernando para satisfacer los intereses de Aragón (63).

Ante esos interminables y costosos conflictos de nada sirvieron los tesoros de América, que no eran tan grandes y ricos como muchos se imaginan. Fernando desde un principio logró poner los resortes económicos de España y las Indias al servicio de los intereses de la Corona de Aragón. Al respecto Fernández-Alvarez nos dice ". . . Existe especialmente una dependencia económica del galeón americano con la empresa

europea . . . de las que hay huellas incluso bajo Fernando el Católicc '. En 1510, preocupado por una aventura militar aragonesa en Africa, el soberano escribe a Diego Colón, a la sazón Almirante de las Indias, lo siguiente: ". . . Vi vuestra letra que enviastes con vuestro hermano Fernando, y vi todo lo que él me dijo de vuestra parte. Ahora solo respondo a lo que decís de las minas, de donde se saca mucho oro. Y pues el Señor lo da y yo no lo quiero sino para su servicio en esta guerra de Africa" (64). El ejemplo del Rey de Aragón fue continuado por su nieto, pues Carlos V "naturalmente sacrificó la vida económica de España a su política internacional" (65). Isabel no pudo evitar que la política exterior de su reino castellano tomase una dirección influida por los intereses de Aragón.

La muerte prematura de Isabel en 1504 sirvió para demostrar cuan frágil y artificial en muchos aspectos era la unión entre los dos reinos. El matrimonio de Fernando e Isabel no dio como resultado, a pesar de las muchas declaraciones románticas e idealistas que se han hecho al respecto, la unión política de los dos reinos en el mismo sentido que se estableció en Francia e Inglaterra con los Valois y los Tudor. La de España fue una unión de dos dinastías, no de dos pueblos. Cada uno de estos pueblos, con diferentes sistemas constitucionales, mantuvo su propia existencia, a pesar de la fusión, en la persona de Fernando, de su política exterior (66). Los castellanos y aragoneses eran ahora socios, y ello con ciertas limitaciones como veremos, en lugar de rivales. Mas las fundamentales diferencias se mantuvieron: diferentes leyes, diferentes estructuras políticas y diferentes sistemas monetarios y de pesos y medidas. Aragón era, en esencia, una monarquía limitada; Castilla poseía un gobierno más absoluto y centralizado. Y aún la identificación dinástica cesó temporalmente en 1504, pues de acuerdo con el testamento de Isabel, su hija Juana "señora natural propietaria de estos reinos" heredó Castilla. Juana, representada por su esposo Felipe de Borgoña y con el respaldo de los grandes del reino obligó a Fernando a retirarse a sus reinos en 1506. Se rompía así temporalmente la unión (67).

Otro aspecto importante en el cual la unión resultó negativa en extremo fue el de la colonización y explotación de América. Las indias, como se le llamaba a América, fueron incorporadas a la Corona de Castilla no a España. A pesar de que algunos aragoneses participaron en la labor de colonización y no obstante que a la muerte de Isabel se les

Castillo de Simancas — Cerca de aquí se libró una batalla, en la cual los caballeros leales a Enrique IV — quienes contaban con el apoyo del pueblo — Vencieron a los sediciosos de Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo y quien dirigía las huestes de Alfonso, como un traidor y le llamaban "don Oppas", nombre genérico para los traidores en Castilla. La efigie del arzobispo fue quemada como réplica del "tablado de Avila" y el pueblo cantaba:

Esta es Simancas, don Oppas traydor;
esta es Simancas que no Peñaflor.

facilitó, temporalmente, la entrada a las Indias a emigrantes aragoneses, en términos generales su presencia en el nuevo mundo no era bien vista. El Papa Alejandro V en su bula de 1493 le concedió las Indias a los Reyes Católicos con el entendimiento de que pasarían a ser posesiones exclusivas de Castilla a la muerte de los soberanos. La posición de Isabel era que si las Indias, al igual que las Canarias, habían sido descubiertas por los castellanos, quienes habían corrido con los gastos, era lógico que ellos, y solo ellos, explotaran sus recursos y monopolizaran su comercio. En 1503 la Casa de Contratación fue establecida en Sevilla para beneficio de los castellanos. Era evidente que como cantaba el pueblo "A Castilla y a León Nuevo Mundo dio Colón". Quizás las críticas condiciones económicas de Aragón en el Siglo XV desaniman cualquier aventura colonial, pero fue una pérdida para España que los aragoneses

no hubieran participado en la magna empresa debido a la actitud extraña, por no decir egoísta, de Isabel (68). He aquí otra de las partes endebles de esta unión que tanto minan la textura del Estado español. Portugal, con un vasto y lucrativo imperio colonial, no hubiera podido ser excluido de la empresa americana y, muy por el contrario, el Imperío portugués se habría unido al castellano para crear un imperio colonial de inmensas proporciones. Entre Castilla y Aragón nunca existió esa simbiosis necesaria para aprovechar conjuntamente los logros de una de sus partes.

Si la imposición de la política exterior aragonesa y la exclusión de los catalanes en la colonización americana fueron perjudiciales para el futuro desarrollo de España, no menos fue la inhabilidad de Fernando en contrarrestar, o por lo menos atenuar, la orientación social y religiosa de la soberana. Al contrario, la respaldó. Como consecuencia de las ideas y prejuicios de Isabel en 1480 se llegó a un acuerdo tácito entre Corona y nobleza. Un investigador moderno comenta el hecho de la siguiente manera: ". . .Por medio de este compromiso los valores de la nobleza presidirían el nuevo Estado unitario una vez concluida la Reconquista. Por un lado, en el terreno ideológico preservaban los ideales forjados en la lucha contra los musulmanes, el sentido del honor o de la honra, el desdén hacia el trabajo manual, la hidalguía. Por otro lado, en el plano social, el pacto representó la confirmación del predominio de los señores de la tierra, que en lo económico se traduciría en la nefasta protección dispensada a la Mesta, asosiación de ganaderos, a costa de la agricultura. Castilla se convertiría de este modo en una región pastoral" (69).

El exagerado espíritu religioso de Isabel también propició el establecimiento de la Inquisición, que ocurrió en 1478 con la aquiescencia y respaldo de la aristocracia, la cual consideraba a los judíos y conversos un peligro para su posición y privilegios. El 31 de marzo de 1492, como secuencia a la aceptación del Santo Oficio se promulgó el Edicto de Expulsión de los judíos. En el término de cuatro meses todo judío no bautizado debería abandonar el país; 400.000 hebreos, obedecieron la orden. Ya Kamen ha señalado que persecuciones contra judíos habían ocurrido en casi todas las regiones de Europa. En Inglaterra, Eduardo I decreta su expulsión en 1290, dos siglos antes que en España. Hay que señalar que el número de judíos ingleses en el siglo XIII era insignifi-

cante y como ellos no desempeñan un papel preponderante dentro de la sociedad su destierro no significa gran cosa en el país, pues el capitalismo comercial era desconocido en la Inglaterra del siglo XIII (70). Algo similar ocurre en las otras naciones cuyos gobiernos expulsaron a minorías judías (71). En España a fines del siglo XV, la situación era totalmente diferente. La importancia del decreto no radica en la expulsión **per se** sino en su "contextura histórica. En su más amplia interpretación, la expulsión fue una tentativa de la nobleza feudal para eliminar a aquella parte de la clase media (los judíos), que amenazaba su predominio en el Estado" (72). Esta fue una infortunada decisión que perjudicó a todo el país, y con ella empezaban a aplicarse en todos los reinos de España soluciones políticas para resolver problemas que solo afectaban a Castilla o que solo allí habían hecho crisis (73).

Por lo anteriormente apuntado, el problema de la expulsión de los judíos tuvo síntomas mucho más agudos en España que los que hubiera tenido en otras naciones. En estas los judíos eran una molesta e indeseable minoría que no incidía tanto en su historia. En la Península Ibérica, y sólo allí, se encontraban relacionados desde hacía siglos a la corriente principal de la historia del país (74). Los judíos con su multisecular contacto con los monarcas ibéricos les habían servido valiosamente por varias centurias. Financieros como Isaac Abravanel y Abraham Senior reformaron las finanzas del reino e hicieron posible la conquista de Granada. El judío aragonés Santangel hizo realidad el viaje de Colón (75) y en las carabelas partieron numerosos hebreos y hasta un intérprete (76). Fernando, al respaldar el decreto de expulsión mostró ser malagradecido con los judíos que tanta ayuda financiera le suministraron durante la primera parte de su vida.

Pero, ¿fueron en realidad motivos religiosos los que impulsaron a Isabel y Fernando a tomar tan funesta decisión? Vicens-Vives considera que así fue ". . . La primera gran depuración española", nos dice, "procuró la unidad de fe en torno a la Iglesia Católica, engrandecida por tres siglos de dirección espiritual y militar de la Reconquista; pero eliminó de la vida social a los únicos grupos que habrían podido recoger en Castilla el impulso del primer capitalismo. . ." (77). Por otro lado, hay autores que consideran que en esta "diáspora", llevada a cabo por los Reyes Católicos, la unidad religiosa no era el motivo fundamental. Ello se comprueba por el hecho de que después de 1492 se continuaron

permitiendo en el reino a numerosos musulmanes practicantes de su fe (78). Además, muchos judíos permanecieron en España como conversos, pero practicando sus ritos religiosos en forma clandestina. Es indudable, sin embargo, que los cientos de miles de judíos expulsados, o sefarditas como se les conoció, enriquecieron con sus conocimientos y aptitudes las tierras que los recogieron. España tuvo que padecer esta costosa fuga de talento en forma parecida a lo que padeció Francia con la expulsión de los hugonotes a fines del siglo XVII (79). Según Sánchez Albornoz, la expulsión fue bárbara, cruel y por lo tardía, inoperante. "Coincidió con la más insospechada coyuntura histórica que jamás se ha presentado a un pueblo; y ese sincronismo lastró terriblemente el despliegue del potencial psíquico y económico de España en el instante decisivo de su historia" (80).

Y España, como consecuencia de este decreto de expulsión, quedó sin clase media. "Parece como si España", comenta Américo Castro, "fuese una muchacha rebelde y holgazana que se hubiera negado a asistir a la escuela donde enseñaban a ser aplicados y buenos renacentistas" (81). No se puede aseverar, sin pecar contra el método histórico, que una unión de Castilla con Portugal le hubiera dado a España una positiva y numerosa clase media (82), un imperio más liberal y la hubiera salvado de los cruentos y agotadores conflictos militares que minaron sus energías y su prestigio en Flandes, el Imperio e Italia. Pero también se puede especular y obligar a quienes nos leen, a dirigir el incesante cubileteo del ingenio hacia temas históricos, que la unión de dos países llenos de vigor y en proceso de expansión, como Castilla y Portugal, hubiera logrado, quizás, el equilibrio necesario, al complementarse las cualidades de las dos naciones que atravesaban etapas históricas similares para avanzar hacia objetivos mucho más brillantes y halagadores. La sociedad de Aragón era una sociedad en retroceso, o por lo menos estancada a fines del siglo XV. Eso fue un yugo muy duro para Castilla (83).

BIBLIOGRAFIA

1. Pieter Geyl. **Encounters in History.** London, 1963, pág. 411.
2. **The Poverty of Historicism.** London, 1961, passim.
3. Oxford, 1955, **passim.**
4. **Españoles ante la Historia.** Buenos Aires, 1969, pág. 234.
5. Townsend Miller. **"The Battle of Toro", 1476. History Today.** London, abril 1964, pág. 261.
6. J. H. Elliott. **Imperial Spain 1469 - 1716.** New York, 1964, págs. 10-11
7. Henry Kamen. **La Inquisición Española.** Barcelona, 1967, pág. 10.
8. Maurice Crouzet **(Ed.) Historia General de las Civilizaciones.** Tomo III. Barcelona, **1961**, pág. 541.
9. Elliott, **op. cit.**, pág. 15.
10. Kamen, **op. cit.**, pág. 10.
11. Hugh Trevor-Roper. **The Rise Of Cristian Europe.** London, 1966, pág. 188.
12. Citado por el Marquéz de Lozoya. **Historia de España.** Tomo III. Barcelona, 1967, pág. 3.
13. David C. Douglas. **William the Conqueror.** Berkeley, 1964, pág. 182.
14. Miguel A. Martin. **Civilización,** Tomo I. Bogotá, 1969, pág. 377.
15. **Juana La Loca.** Madrid, 1969, págs. 13-14. El subrayado es nuestro.
16. **Ibid.**, pág. 13.
17. Miguel Gual Camarena. "El Tratado de los Toros de Guisando". **Historia y Vida.** Feb. 1970, Barcelona, pág. 125.
18. C. Sánchez-Albornoz, **op. cit., España un Enigma Histórico.** Tomo I. Buenos Aires, 1962, pág. 691.
19. Gregorio Marañón se expresó así, en carta dirigida al autor de la obra de Soldevilla: "El hacer una **Historia de España** desde Cataluña y por un catalán tan catalán, me parece un acierto completo". Y en otra parte de la carta dice:. . . "creo sinceramente que esta **Historia** es la mejor de cuantas se hayan escrito por su inteligencia comprensiva de cada problema y del panorama universal de lo español; por su información, por su limpia y clara prosa, por tantas cosas más. . ."
20. **Historia de España.** Tomo II, Barcelona, 1962, pág. 349.
21. **Ibid.**, pág. 349.
22. **Ibid.**, pág. 363.
23. **Ibid.**, pág. 349.
24. Poco después del rechazo del arzobispo, la reina, abandonada por su consorte, cedía ante los avances amorosos de Pedro de Castilla el Mozo. "Su único amante" lo ha llamado Marañón en su **Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo.** Madrid, 1934, pág. 188. Citado por Soldevilla, **op. cit.**, pág. 349.
25. Soldevilla, **op. cit.**, pág. 360.
26. Citado por Gual Camarena, **op. cit.**, pág. 124.
27 En su **Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo, passim.**
28. Soldevilla, **op. cit.**, pág. 367.
29. Vicens-Vives es no solamente el más profesional de los historiadores de Cataluña en este siglo, sino, probablemente, de toda España.
30. **Fernando el Católico, príncipe de Aragón y rey de Sicilia.** Madrid, 1952.
31. Citado por Gual Camarena, **op. cit.**, pág. 126.
32. **Op. cit., passim.**
33. Citado por Soldevilla, **op. cit.**, pág. 371.
34. Cf. **The History of Richard III.** London, 1543, **passim.**

35. Su inmortal drama **Richard III** es una serie de apreciaciones calumniosas contra el monarca Ricardo III. **Richard III** fue publicado en Londres en 1595 y es, por supuesto, un clásico literario.
36. Paul Kendall. **Richard III The Great Debate.** London, 1965, **passim.**
37. Sobre todo en las publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones científicas de la Universidad de Valladolid que preside Vicente Palacio Atard.
38. Cf. Gual Camarena, **op. cit.,** págs. 127-128.
39. Elliott, **op. cit.,** pág. 9.
40. **Ibid, pág. 6. La traducción es nuestra.**
41. Lozoya, **op. cit.,** págs. 14-15.
42. Karl Woermann. **Historia del Arte.** Tomo IV. Barcelona, 1961, pág. 225. Los soberános decidieron posteriormente que su sepulcro estaría en Granada.
43. José Pijoan. **Historia del Arte.** Tomo III. Barcelona, 1966, pág. 249.
44. Juan Vega Pico. "San Juan de los Reyes". **Monumentos de España.** Madrid, 1970, pág.2.
45. Citado por **Ibid.** pág. 2.
46. Vicens-Vives. **op. cit., Aproximación a la Historia de España.** Barcelona, 1966, págs. 12-13.
47. Lozoya, **op. cit.,** pág. 22.
48. Algunos cronistas llaman a Toro la réplica de Aljubarrota Cf. Soldevilla, **op. cit.,** pág. 389.
49. Para un breve pero penetrante estudio de este encuentro militar Cf. **Townsend Miller, op. cit.**
50. Modesto Sarasola. **Isabel la Católica y la Beltraneja.** Valladolid, 1955, pág. 11.
51. El texto completo del tratado lo incluye J. B. Sitges en su obra: **Enrique IV y la excelente señora llamada vulgarmente la Beltraneja.** Madrid, 1912, pág. 409 Cf. Sarasola, **op. cit.,** pág. 33.
52. Orestes Ferrara. **Un pleito sucesorio, Enrique IV, Isabel de Castilla y la Beltraneja.** Madrid, 1945, pág. 419. Cf. Sarasola, **op. cit.,** pág. 67.
53. **Op. cit.,** pág. 77.
54. **Ibid,** págs. 35-36.
55. Vicens-Vives, **op. cit., Aproximación a la Historia de España,** pág. 115.
56. J. M. Batista I Roca. "The Hispanic Kingdoms". **The New Cambridge Modern History.** Cambridge, 1961. Tomo I, pág. 325.
57. Vicens-Vives, **op. cit., España Geopolítica del Estado y del Imperio.** Barcelona, 1940, pág. 111. Esta tesis la complementa el historiador catalán en su libro **coyuntura Económica y Reformismo Burgués.** Barcelona, 1968, pág. 64 **passim.**
58 **Ibid,** pág 73.
59 **Ibid,** pág. 74
60. Pieter Gely, **op. cit. The Revolt of the Netherlands, 1555-1609.** London, 1966 pág. 34. (La traducción es nuestra).
61 **Ibid, pág. 34.** (La traducción es nuestra).
62 Manuel Fernández Alvarez. **Economía-Sociedad y Corona.** Madrid, 1963, págs. 18-19.
63 Elliott, **op. cit.,** pág. 12.
64 **Op. Cit.,** pág. 19.
65 Sánchez Albornoz, op. cit., **España un enigma Histórico,** pág. 696.
66 Elliot, **op cit.,** pág. 12.
67 Batista I Roca, **op. cit.,** pág. 325.
68 Elliot, **op. cit.,** pág. 67.
69 Eduardo Rico. "La Inquisición y la lucha de Clases". **Triunfo. Madrid,** 1970, pág 16.

70 G. M. Trevelyan. **Ilustrated History of England.** London, 1965, pág. 187.

71 El rey de Francia siguió el ejemplo inglés y, mediante un decreto de expulsión, los judíos se vieron obligados a salir del país. Varias vecés fueron readmitidos en este siglo hasta cuando en 1394 ocurrió la expulsión final. Abram Leon Sachar. **A History of the Jews.** New York, 1965, pág. 200.

72 Kamen, **op. cit.**, pág. 14. El profesor Kamen, graduado de Oxford, catedrático de la universidad de Warwick, compañero de seminario nuestro y dinstinguido hispanista no puede ser acusado de anti—español, ya que en su obra hace énfasis en la generosidad de los méritos inquisitoriales españoles con relación a los imperantes en otros países europeos.

73 Vicens—Vives, **op. cit., Aproximación a la Historia de España, pág. 115.**

74 Kamen, op cit., pág. 23.

75 La supuesta venta de las joyas de Isabel para sufragar la empresa colombiana es una patraña histórica. Cf. Juan Manzano Manzano, **Cristóbal Colón, Siete años decisivos de su vida.** 1485-1492. Madrid, 1964, págs 319-320.

76 Soldevilla, op. cit., Tomo III, pág 43.

77 Vicens-Vives, **op. cit., Aproximación a la Historia de España,** págs 119-120.

78 Los Moros de Granada aceptaron las capitulaciones presentadas por los Reyes Católicos porque ellas garantizaban a los moros granadinos el libre ejercicio de culto al igual que la protección de sus bienes y personas. Cf. Jacques Pirenne. **Historia Universal.** Tomo II. Barcelona, 1963, pág. 283.

79 Cf. John B. Wolf. **Louis XIV.** New York, 1968, págs. 379-401.

80 **España un Enigma Histórico**. Tomo II, pág. 259

81 **España en su Historia: Cristianos, Moros y Judíos.** Buenos Aires, 1948, pág. 10.

82 Para un juicio **sui generis,** pero que no por ello deja de ser interesante, es necesario leer el penetrante capítulo de Sánchez Albornoz en relación a las contribuciones culturales judías a la España medieval y el papel que desempeñaron dentro de la clase media de Castilla. Cf. "Límites de la contribución judaíca a la Forja de lo Español". **España un Enigma Histórico**. Tomo II, págs. 163-297.

83 El presente ensayo es solo un esbozo inicial de un trabajo que pretendemos escribir donde podamos estudiar más a fondo, y sin las limitaciones que la necesaria brevedad de un ensayo nos impone tan apasionante tema.

Corrientes Historiográficas en la Inglaterra Actual

CORRIENTES HISTORIOGRAFICAS EN LA INGLATERRA ACTUAL

"Wie es eigentlich gewesen"
Leopold Von Ranke

G.R. Elton, quien ejerce la cátedra de Historia Constitucional de Inglaterra en la Universidad de Cambridge, se queja, en una reciente obra suya titulada **The Practice of History**, de que hoy a pesar de que tenemos un mayor número de historiadores que nunca, muy pocos de éstos se dedican a analizar su oficio y menos aún se inclinan a publicar sus ideas. Como resultado de esta renuncia de dar a conocer los secretos de su profesión,los verdaderos historiadores profesionales han permitido que otros se encarguen de estos menesteres, con harta frecuencia en forma inadecuada, y así tenemos que la mayoría de los libros escritos en torno a la disciplina de la Historia han sido obra de filósofos que intentan analizar el pensamiento histórico, sociólogos e historiógrafos que pretenden examinar al historiador y, en muy raras ocasiones, historiadores interesados en justificar sus actividades como de positivos beneficios sociales.

Según el distinguido profesor del gran centro del saber, situado en ambos lados del río Cam, ello es lamentable. La formidable erudición de Elton solo está acompañada por la irreconciliable actitud que adopta contra los que considera falsos profetas de la Historia. Sus ataques son certeros, devastadores y despiadados. Al igual que Elton, historiadores profesionales (quienes deben distinguirse de los historiadores populares que tanto daño le han hecho al estudio de la Historia) en Inglaterrra, Gran Bretaña, Francia y muchos otros países, consideran que el análisis del método histórico, la naturaleza y objetivo de esta disciplina deben ser patrimonio, esencialmente, de historiadores. Ninguno de ellos sería capaz de desestimar la importancia de algunas contribuciones hechas

por filósofos y sociólogos, pero ya es hora de que los más capacitados: los historiadores profesionales, se encarguen definitivamente del asunto.

El de hoy es un momento muy oportuno para hacer un estudio de las metas y objetivos de la Historia. La utilidad y beneficios del estudio de esta disciplina actualmente son puestos en tela de duda por algunos educadores. Muchos son de opinión de que se debe ser eliminada del curriculum universitario. Este es el momento, pues, de definir sus objetivos, métodos y naturaleza. Muchos historiadores profesionales ven la necesidad de cerrar filas ante los ataques indiscriminados de sus enemigos. En algunos círculos académicos ingleses continúan las polémicas en torno a este problema. Inglaterra con una excelente y antigua tradición historiográfica es campo muy propicio para redefinir los objetivos y métodos de la Historia. El país ha producido una pléyade de grandes historiadores: Beda, Gibbon, Macaulay, Carlyle y Toynbee son solo algunos de ellos.

Hace unos seis meses el prestigioso diario "The Daily Telegraph" encargó al conocido crítico Colin Wilson para que entrevistara a cinco distinguidos historiadores ingleses: Arnold Toynbee, Hugh Trevor-Roper, A.J.P. Taylor, A.L. Rowse y Sir Herbert Butterfield. No cabe duda que se hubiera podido hacer una mejor y más amplia selección. Personalmente nos hubiera gustado que se incluyese, entre otros, a J.H. Plumb, profesor de "Historia Moderna de Inglaterra" en la Universidad de Cambridge; E.H. Carr, autor de un magnífico estudio sobre **Historia de la Rusia Soviética**, y también profesor en Cambridge. Hubiera sido una buena idea la inclusión de un historiador de ideología marxista del prestigio intelectual y académico de Christopher Hill, profesor de Oxford, quien se ha especializado en la Revolución Gloriosa de 1688 y en la Revolución Soviética de 1917. No obstante, a pesar de esas fallas de omisión, los escogidos representan las diversas tendencias historiográficas en la nación.

Y es que las aguas historiográficas en Inglaterra, y en Escocia, Gales, Irlanda, Francia y otros países, no han permanecido quietas desde la aparición del **Estudio de la Historia** de Arnold Toynbee. Cuando los primeros tres tomos aparecieron, en el año 1934, fueron acompañados por demostraciones de aprobación y admiración por parte de la comunidad histórica. La publicación de los tres siguientes tomos, en 1939,

también recibió la aprobación de muchos de los colegas de Toynbee, pero ya empezaron a oírse algunas voces disidentes. El primer iconoclasta importante fue Pieter Geyl, brillantísimo historiador holandés muy conocido en Inglaterra, ocupó la cátedra de "Historia de Holanda" en la Universidad de Londres de 1919 a 1935. Geyl, a la sazón profesor de la antiquísima Universidad de Utrecht, criticó acerbamente el método histórico de Toynbee y en su libro **Debates with Historians** dedica tres capítulos a combatir sus tesis. Las críticas de Geyl llegaron a irritar de tal manera a Toynbee que le llevaron a consentir en tomar parte en un debate radial en la famosa B.B.C. de Londres. Algunos críticos imparciales consideraron que Toynbee no salió inmune a los ataques de Geyl.

En 1954 aparecieron los cuatro últimos tomos del **Estudio de la Historia** y con ellos la fraternidad histórica se dividió en "pro-Toynbee" y "anti-Toynbee". La tempestad provocada por el profesor de la Universidad de Londres, con la publicación de sus últimos tomos, llegó a su punto culminante cuando en junio de 1957 Hugh Trevor-Roper publicó un artículo en la prestigiosa revista "Encounter", titulado "Arnold Toynbee's Millennium". Los ataques de Trevor-Roper a sus colegas siempre se han distinguido por su ferocidad y este no fue una excepción. Trevor-Roper bautizó sarcásticamente el **Estudio de la Historia** como la "Biblia de Toynbee" y en forma detallada y con su acostumbrada brillantez se dedicó a demostrar que la obra de Toynbee podía ser todo menos Historia. Los ataques de Trevor-Roper recibieron el respaldo de casi todos los historiadores ingleses, aun cuando algunos de ellos consideraban que estos han podido hacerse sin la virulencia y acidez que los acompañaba.

Pero, ¿cuál es, en esencia, la teoría, la tesis central de Toynbee que tantas polémicas ha suscitado? Para explicarla a grandes rasgos, y no podemos hacer otra cosa en un artículo de esta naturaleza, Toynbee considera como acertada la teoría del filósofo historiador alemán Oswald Spengler, expuesta en su libro **El Declinar del Occidente**, en el sentido que toda civilización nace, se desarrolla, declina y muere. Esto se conoce como la "teoría morfológica de la Historia". Toynbee es de opinión que el factor que convierte a una civilización en algo poderoso y rico es lo que llama "respuesta a retos". En su detallado estudio él ha analizado 21 civilizaciones en forma microscópica tratando siempre de

encontrar un patrón general en su desarrollo y decadencia. No todas las civilizaciones pueden responder con éxito ante un reto y en esos casos son destruidas, el autor nos presenta varios ejemplos de estos fracasos. ¿Qué es lo que diferencia a las civilizaciones que triunfan ante retos de aquellas que fracasan? La clave, el misterio, radica en lo que Toynbee llama "la minoría creadora".

El historiador inglés difiere de Spengler en cuanto al determinismo del factor religioso. Mientras que Spengler lo soslaya, Toynbee lo considera como de fundamental importancia. La mayoría de las religiones, no obstante, se basan en valores negativos, "no matarás", "no codiciarás", etc., etc., y este elemento negativo impregna toda la estructura cultural, lo que hace que el hombre común al entrar en contacto con teorías materialistas ignore tales preceptos religiosos. Sin religión, de acuerdo con Toynbee, la civilización entra en una etapa de franco materialismo y en tales condiciones es imposible para los grupos animados de un "espiritualismo vital" contribuir a su poderío espiritual al fortalecimiento de la civilización.

En los años en que Toynbee iniciaba su **Estudio de la Historia** y creaba su sistema universal, Lewis Namier, un judío polaco radicado en Inglaterra, popularizaba un sistema totalmente diferente. Namier analizaba minuciosamente todos los documentos pertinentes y rehusaba aceptar que un suceso histórico de importancia se debiera a una causa simple; una gran idea o un factor determinante. El método de Namier, que nos recuerda en parte la exactitud y minuciosidad de Ranke, el creador de la "Historia Científica", se conoce como "Historia Microscópica". Pero antes de proseguir este interminable debate entre historiadores "microscópicos" e historiadores "telescópicos" veamos las declaraciones hechas a Colin Wilson por los cinco historiadores ingleses seleccionados por "The Daily Telegraph".

A.J.P. Taylor, se puede considerar como un discípulo de Namier. Taylor es profesor de la Universidad de Londres y ha desempeñado una cátedra temporal en Oxford. Hace unos años con motivo de la publicación de su libro **Origins of the Second World War** en el que, de acuerdo con ciertos críticos, trata de exonerar a Hitler sostuvo una polémica con Trevor-Roper en la cual el último salió con la mejor parte. Taylor considera, refiriéndose al enemigo común, Toynbee, que los historia-

dores no deben hacer vastas generalizaciones, su tarea es estudiar individuos y asuntos individuales. "Nunca he conocido", nos dice Taylor "a un hombre de las masas de las cuales siempre habla Toynbee". En cuanto al factor religioso de Toynbee, Taylor lo considera sin mayor importancia. "La única revelación religiosa que he tenido me ocurrió a la edad de 15 años cuando me encontraba en un salón de Arte de mi escuela y contemplaba la catedral de York. De súbito me ocurrió una idea: Dios no existe. Fue algo parecido a la revelación de San Pablo en el camino de Damasco. Desde entonces hasta hoy, nunca he pensado acerca de la religión ni me he preocupado por ello".

Taylor no considera que la ausencia de preceptos religiosos afecte su labor como historiador. "Siempre he considerado como algo injusto el culpar a Dios por nuestros problemas. Cuando considero un suceso histórico siempre busco la realidad: de poder, de presiones históricas o de la tendencia humana a cometer errores". Taylor opina que su actitud religiosa puede deberse en parte a la educación cualquiera que le obligaron a tomar sus padres. Esa vida semimilitar le disgustaba sobremanera y ya desde la edad de 16 años decidió hacerse historiador.

Taylor tampoco comparte el pesimismo de Toynbee en relación con la decadencia de la Civilización Occidental. Hubiera preferido que el automóvil no se hubiera inventado, pero, en términos generales, considera que esta es una buena época para vivir. En el pasado muchos problemas fueron originados por asuntos sexuales y la actitud intolerante de muchas personas. Esto está desapareciendo. Los jóvenes de hoy tienen un mayor sentido común que el que creía posible. Ellos enfocan los asuntos sexuales como algo lógico y normal. La humanidad tampoco es azotada por enfermedades, hambre y pobreza en la forma en que lo fue antes. Todos esos son signos positivos. En cuanto al futuro dos alternativas pueden ocurrir: las cosas continuarán como hasta ahora, lo que sería bueno, o podría producirse una explosión nuclear que nos mataría a todos, eso también sería bueno. "Si uno está muerto no siente ni le importa". Preguntado que si consideraba que podría producirse una explosión nuclear contestó: "Bueno, así lo espero".

En relación con la controversia provocada por su libro, Taylor la considera innecesaria. Su obra es un trabajo serio y honesto. "No es mi objetivo condenar personajes históricos, a pesar de que considero a Hitler como un malvado. Sin embargo, quería, ante todo, ser objetivo

como si estuviera escribiendo en el siglo XXII". Las acusaciones de que era pro-nazi las considera ridículas. ' Fui uno de los pocos que quería hacer algo contra los nazis cuando todavía había tiempo. Me opuse al viaje de Chamberlain a Munich. Por otro lado, Polonia no significaba nada para nosotros. Si no la hubiéramos ayudado quizás no habría habido guerra. Otros pagaron por nuestra actitud moral, porque Polonia se convirtió en un campo de batalla".

Continúa: "Creo que tarde o temprano teníamos que oponernos a Hitler aun cuando esta oposición nos costó el Imperio. Pero como historiador no éstoy de acuerdo con los que pretenden imponer sus normas morales al pasado o con aquéllos que buscan lecciones morales en la Historia. Escribo Historia porque me gusta narrar hechos. La historia existe para contestar la pregunta del niño, ¿qué pasó después ? Pero es tan relevante como coleccionar conchas. Todo lo que se puede decir es que si los hombres en el futuro actúan como en el pasado, tal cosa ocurrirá. Guerra nuclear, por ejemplo. Y eso no es algo que nos debe preocupar. Mientras no llegue llevamos una vida satisfactoria y si llega moriremos todos".

Los críticos no molestan a Taylor, ese es su trabajo. El nos dice: "No me considero superior a los demás" (como Toynbee?). "Me considero un anarquista, por eso no me interesa la religión. Me siento aliviado de no creer en una autoridad sobrenatural que me diga lo que debo hacer".

Colin Wilson es de opinión que a pesar de que Taylor es un discípulo de Namier, su actitud es diferente en algunos aspectos. Namier descartaba las ideas en la historia, pero en la práctica era un Sionista que poseía la dedicación emocional de un Profeta del Antiguo Testamento. Taylor, por otro lado, se asemeja a Shaw por su interés en que no se le tome en serio. Su anti-intelectualismo es cónsono con su jovial temperamento anglo-sajón, Probablemente a los 64 años Taylor considera absurdo que uno se tome en forma demasiado seria.

Hugh Trevor-Roper está considerado a los 56 años (pero con una apariencia mucho más joven) como uno de los más distinguidos exponentes de lo que debe ser el historiador analítico. Trevor-Roper fue un brillante "scholar" de los clásicos. Se educó en Charterhouse, famosa incubadora de "generales evangélicos" y en Christ Church, Oxford. Su primer libro fue publicado en 1940 y la crítica lo aclamó por su estilo

claro y epigramático. Aún sus enemigos lo consideran el mejor estilista entre los historiadores modernos. En 1947 publicó su importante obra **The Last Days of Hitler** que fue aclamado por la crítica. Su especialidad es el siglo XVII. Su obra maestra sobre este siglo es esperada desde hace muchos años. Sus críticos dicen que la demora se debe a que Trevor-Roper es un miniaturista histórico. Es natural que alguien que escribe con una pluma mordaz y ácida, y quien nos recuerda a Jonathan Swift en sus ataques, tenga muchos detractores. Pero nadie niega su brillantez y excelencia como crítico que puede destruir un argumento falso con solo unas cuantas palabras.

Trevor-Roper es extremadamente sensible y quizás para ocultar esta "debilidad" utiliza su intelecto en una forma tan precisa y analítica. Para él la Historia es una serie de problemas y la meta del historiador es "tratar de resolverlos mediante el uso de los documentos, tratando de ubicarse imaginariamente dentro del período sobre el cual se escribe". Ese es un problema principal: volver dentro del concepto histórico. Respeta a los historiadores que usan la evidencia con habilidad y exactitud.

Su historiador inglés preferido de acuerdo con estas normas, es Namier, por supuesto, "a pesar de que sus mejores estudios se encuentran en ensayos y no en libros". Los otros son principalmente: Lucien Fevre, Fernand Braudel, Marc Bloch, franceses, y Arnold Momigliano, italiano, a quien considera uno de los historiadores más distinguidos de la actualidad. A pesar de su admiración por Namier, Trevor-Roper no puede aceptar el descartar la importancia de las ideas en la Historia.

"Hitler era un hombre de ideas. El las dio a conocer en 1924 con la publicación de **Mein Kampf** y luego las puso en práctica. A pesar de que era odioso, Hitler tenía una política coherente y una verdadera y poderosa mente. La gente me ha acusado de simpatizar con Hitler porque siempre he declinado hacer juicios emocionales sobre su persona. Pero yo no estoy a favor ni en contra de personajes históricos y no resisto a los historiadores que se definen de esa manera. Sencillamente no puedo comunicarme con ellos".

Trevor-Roper deplora la falta de claridad en los escritos de Toynbee y sobre ello dice que en comparación con Toynbee aun los escritos de

Hitler poseen la lucidez de un Gibbon. Fundamentalmente, "he acusado a Toynbee de derrotismo conservador. El ha demostrado que todas las civilizaciones tienen un definido ciclo de vida, y considera que la nuestra ha llegado a su fin. Su problema es que ha permitido que ideas irreales penetren en sus nociones históricas. Está tan decidido a hacer que los hechos históricos se ajusten a sus teorías que convierten a períodos llenos de conflictos bélicos en eras de paz".

"Eso es lo que me molesta, su tono de arrogancia profética. Hay un pasaje en el tomo X donde Toynbee le rinde tributo al fundador de Winchester por iniciar la escuela que un día produciría a Arnold Toynbee. He leído los 10 tomos. Pocos lo han hecho. El estilo es atroz. Si los historiadores no se preocupan por escribir bien no deben esperar que uno los lea". Trevor-Roper menciona constantemente las distorsiones históricas de Toynbee. "Más que Historia su obra es una enorme y ampulosa gran ópera. Pero dejemos a Toynbee", dice Trevor-Roper "no lo soporto". Para un historiador analítico, tan exacto como el Don de Oxford, las fallas de estilo de Toynbee y su inclinación a generalizaciones e ideas abstractas deben parecer repelentes en extremo.

Pero en Inglaterra como en muchos otros países los historiadores más conocidos son aquellos que se especializan en la Historia narrativa. A esta categoría pertenece A.L. Rowse, profesor de Oxford, quien a los 66 años se muestra lleno de energías. Hijo de un minero, su origen humilde lo obligó a luchar por su educación. Su inteligencia y desvelos le suministraron las ansiadas becas y así pudo estudiar en la Universidad de Oxford. A pesar de su edad, Rowse se presenta siempre con un exceso de energías y su personalidad no se ajusta al tradicional carácter anglosajón ya que se excita con facilidad, es voluble, impulsivo y romántico. Siente gran admiración por D.H. Lawrence, cuyo origen es similar al suyo, y admite que en diferentes circunstancias se hubiera dedicado a escribir poesías o novelas.

Rowse se considera un pesimista y piensa que el escogimiento hecho por "The Daily Telegraph" no es acertado ya que algunos de los mejores historiadores ingleses no son conocidos por el público. Prefiere a aquellos que le dan vida a la Historia por medio de la imaginación —como Trevelyan y Froude—. Mi objetivo, dice Rowse es "recrear la vida del pasado ya que no me interesa la historia administrativa o diplo-

mática. La pasión por la Historia está relacionada con la **vida**, con gente viviente. Quiero adentrarme en lo más recóndito de sus mentes para mostrar lo que ellos pensaban en sus momentos íntimos".

En materia de religión se considera un escéptico agresivo. "Tan pronto como encontramos gentes que están intelectualmente seguros de su religión se vuelven dogmáticos y empiezan a matarse entre sí. Pero mientras más viejo me pongo más cuenta me doy del misterio esencial de la vida, a lo cual se aproximan las religiones". Se tiene la tendencia, según él, a desarrollar un sentimiento trágico de la vida. "El ser humano es una criatura sensible y llena de cualidades en un universo del cual no poseemos la llave".

Como T.S. Eliot, a quien admira, Rowse se considera un esteta pesimista. "Por eso admiro a Namier, porque también poseía un punto de vista desilusionado y pesimista de la vida". El historiador se siente orgulloso de que lo consideren poeta, ya que la poesía es para él la rama más importante de la literatura. "Lo bello es la única redención de la vida humana". La búsqueda de la belleza parece ser un objetivo primordial. También es un admirador de Marx y Lenin.

"Considero que Toynbee es más sociólogo que historiador y por eso trata de aprisionar a la Historia en una camisa de fuerza sociológica". Debido a ello, Rowse no puede aceptar las teorías históricas de Toynbee, especialmente aquellas del reto y respuesta. "Además, los fracasos son siempre más interesantes que los éxitos. La gente refinada y sensitiva con frecuencia es derrotada". En el problema de las ideas, Rowse también adopta una actitud negativa: "lo que el hombre produce con sus manos, es más interesante que las cosas absurdas que piensa. Me interesa más el arte que las ideologías famosas". La mayoría de las personas, opina Rowse, no está en capacidad de pensar.

Sir Herbert Butterfield, profesor de Cambridge, es bien conocido por ser un historiador religioso. Pertenece a la escuela de Namier. Entre sus muchas obras hay una titulada **Christianity and History** lo que nos da una idea de sus intereses. Al igual que Trevor-Roper, Butterfield considera que las ideas pueden desempeñar un papel fundamental en la Historia. La verdadera Historia solo la conoce Dios, piensa él, pero el historiador puede resistir la tentación de simplificar en interés de la narración y analizar la evidencia con exactitud microscópica. Para él,

Toynbee es un sintetizador, pero todavía no ha obtenido la síntesis. "Me recuerda a Bacon y Descartes quienes trataron de hacer una síntesis de toda la ciencia en una generación y por supuesto fallaron. Pero sentaron las bases". Lo mismo ocurre con Toynbee. Y Butterfield piensa que algún suceso de aquel podrá ver en el futuro un patrón histórico.

Tampoco considera a Toynbee como un profeta y en esto no está de acuerdo con Trevor-Roper. "En público Toynbee podrá hacer pronunciamientos que tienen una nota profética, pero no en privado. Toynbee se considera un humilde scholar". Butterfield pertenece a la Iglesia Metodista y sus ideas religiosas difieren un poco de las de Toynbee.

"En las sociedades tribales la Religión era una necesidad para unirlas e integrarlas. Pero ahora no. En mi opinión el gran éxito del Cristianismo fue su caída, porque el éxito destruía su verdadera función. La Iglesia abusó de su poder y se corrompió. Por eso no considero su desintegración como una tragedia. La tragedia fue la conversión de Constantino, pues convirtió al cristianismo en un negocio lucrativo. La verdadera función de la Religión es estar en oposición".

El Cristianismo es importante, según Butterfield, porque nos ha hecho históricamente conscientes. "Todos los valores occidentales son valores religiosos secularizados. No fue ni el materialismo ni el racionalismo lo que precipitó el declinar de la Religión, fue la Iglesia misma al emplear mal su poder". Si la religión está siendo soslayada y hasta olvidada en las sociedades modernas, ese estado de cosas no continuará por mucho tiempo. "Siempre habrá individuos intensamente religiosos". Hoy estamos atemorizados porque consideramos que nos dirigimos al desastre debido al irreparable avance de la ciencia y la tecnología. "Muchos ven la necesidad de avanzar moralmente hasta alcanzar el desarrollo tecnológico. Y eso es lo que significa la Religión".

Pero, qué opina de todas estas críticas Arnold Toynbee, el historiador que Trevor-Roper llama "el gran mistagogo". Toynbee estudió en Winchester y Oxford y hoy día tiene 81 años. Hasta hace poco era Profesor de Historia Internacional en la Universidad de Londres y fue remplazado en su cátedra por Geoffrey Barraclough. Las críticas a su obra las considera innecesarias, por no decir irrelevantes. No cree que su método histórico esté en conflicto con el de los historiadores microscópicos. "Nuestros intereses son diferentes". Toynbee niega rotunda-

mente que él arrastre, como dicen sus críticos, sus convicciones religiosas en sus estudios históricos. Toynbee se interesa por los problemas mayores y fundamentales de la historia humana. A sus críticos los ha llegado a catalogar despectivamente como "historiadores parroquiales". Hay un mayor número, según él, de historiadores universales que parroquiales o microscópicos.

Si hay algo que le disgusta es que lo llamen filósofo religioso ya que se considera un escéptico. "Pero", nos dice, " considero que uno desarrolla un sentido religioso con el pasar de los años". Se llega a la conclusión de que la vida tiene un significado más allá de nuestra diaria existencia. "Y considero que aun la persona más tosca necesita de la religión en épocas de crisis, en caso de una honda pérdida personal, por ejemplo. Por eso es que el comunismo no es una religión, porque no podría desempeñar esa función".

Mientras que los historiadores analíticos se interesan por la Historia per se, a Toynbee le atrae "como la llave del universo". La frase suena pomposa y profética. En Winchester se enamoró de la historia de Grecia y Roma, pero no contento con estudiar fuentes griegas, leía documentos persas para comprender el otro lado del asunto ya que nos dice, "siempre he deseado ver el otro lado de la luna". La poesía de Lucrecio fue su fuente de inspiración durante estos años.

Toynbee admite que es un sintetizador pues piensa que la imaginación siempre busca una síntesis. Cada hecho nuevo es una pieza más del complicado rompecabezas. Según Trevor-Roper, Toynbee arregla las piezas para que encajen en su rompecabezas particular. Toynbee rechaza la acusación e insiste en que siempre trata de ser objetivo, a pesar de que con frecuencia comete errores. Su **Estudio de la Historia** lo considera como un primer intento, otros lo perfeccionarán. Con 81 años de edad y víctima de un reciente ataque al corazón, sabe que no puede disponer de tiempo indefinido. Se considera un optimista, a pesar de lo que dicen sus críticos, y no piensa que la Civilización Occidental está destinada a desaparecer. Pero el futuro le asusta y se alegra de no ser joven. "El mundo se vuelve cada día más materialista y esto deja a un mayor número de personas espiritualmente hambrientas. El Mundo se va a tener que enfrentar a tiempos desagradables con alternativas de completa anarquía o dictadura".

A pesar de que ninguno de los entrevistados se refirió directamente al tema, quedó implícito en sus palabras, y en sus escritos anteriores, el hecho de que es imposible que exista una verdadera historiografía donde no haya libertades. No se necesita ser versado en la materia para comprender que el historiador que se somete a una tiranía, cualquiera que ella fuese, renuncia, **ipso facto** a sus credenciales de historiador. Todo buen historiador está familiarizado con el ensayo clásico de John Stuart Mill, **On Liberty**, y quizás nunca como ahora sean tan pertinentes las palabras de John Milton: "Dadme la libertad, antes que otras libertades, de saber, de pensar, de creer y de expresarme libremente de acuerdo con mi conciencia".

Estos son los puntos de vista de Toynbee y de algunos de sus críticos ingleses. Las posiciones parecen irreconciliables, pero esto no es nada nuevo. Pieter Geyl nos dice en uno de sus libros que "la Historia es una controversia interminable" y su estupendo estudio sobre Napoleón lo termina con esta frase: "El debate continúa".

La Controversia Toynbee-Geyl

LA CONTROVERSIA TOYNBEE-GEYL

"Una sociedad sin historia sería tan inútil como un individuo sin memoria"

En el ensayo anterior decíamos, en torno a las teorías y conclusiones sobre la disciplina de la Historia, formuladas a través de los años por algunas figuras distinguidas de la historiografía en Inglaterra y hacíamos énfasis en el hecho de que las aguas historiográficas de Inglaterra y de gran parte del mundo no habían permanecido quietas desde la aparición de los tres primeros volúmenes de **A Study Of History** de Arnold J. Toynbee en el año 1934. Estos tres primeros volúmenes recibieron, en términos generales, la aprobación de la mayoría de los historiadores profesionales. En cambio no ocurrió así cuando emergieron de la imprenta de la Universidad de Oxford los tres siguientes volúmenes en el año en que se iniciaba la Segunda Guerra Mundial (1939). A pesar de que algunos historiadores continuaban respaldando las teorías de Toynbee, se dejaron oír algunas importantes voces disidentes. Pieter Geyl, un historiador neerlandés, se puede considerar como el primer iconoclasta en recibir la aclamación de importantes miembros de la fraternidad histórica por su oposición a la tesis histórica de Toynbee.

Todo ello era un gentil y pacífico preámbulo de lo que estaba por venir. Cuando en 1954 vieron la luz los cuatro últimos volúmenes, se desató en Inglaterra una verdadera tormenta dialéctica encabezada por Hugh Trevor-Roper, "Regius Professor" de Historia Moderna y "Fellow" del Oriel College, precisamente de la prestigiosa universidad oxoniense. El ensayo de Trevor-Roper publicado en la especializada revista **Encounter** y titulado "Arnold Toynbee's Millennium" causó una verdadera sensación. En su ensayo el distinguido profesor oxoniense acusa a Toynbee, a quien también califica como "el gran mistagogo", de utilizar

un método anti-histórico. Las acusaciones de Trevor-Roper fueron recibidas con gran júbilo por la gran mayoría de la fraternidad histórica.

Pero dejemos a un lado la irascible "Regius Professor" de Oxford. Sus críticas y ataques contra Toynbee no han terminado y a los 56 años, con una apariencia mucho más juvenil y una mente fresca y lúcida, la carrera y contribuciones históricas de Trevor-Roper apenas empiezan a lograr su plenitud: mientras que Toynbee, a los 82 años y víctima de reciente ataque al corazón, nos deleita con artículos de viaje y ensayos históricos publicados a todo lujo en la revista **Horizon.** Su contribución más reciente se titula **"Borobudur",** una exquisita evocación de su visita al gran templo de Java. El artículo apareció en el número de enero de 1970 de **Horizon.** También escribió para la misma revista un interesantísimo ensayo sobre los "hippies", donde los compara con los cristianos en Roma durante la era de las persecuciones. Su último libro, publicado por la Universidad de Oxford en 1967, **Between Maule and Amazon,** es otra amena e interesante crónica viajera.

El análisis del método histórico de Trevor-Roper y el estudio de sus atinadas observaciones a Toynbee quedarán, pues, para otra ocasión, ya que hoy nos circunscribiremos, en forma sucinta y breve, a la controversia historiográfica Toynbee-Geyl. Pero ¿quién es este historiador neerlandés muerto en 1966? Su fama no ha trascendido hasta el público y son pocos los que, a excepción de la comunidad histórica, lo conocen. Mas si a Pieter Geyl no se le puede acusar con el infamante epíteto de "historiador popular", su nombre y sus estupendas contribuciones al campo de la historiografía son harto conocidos entre los miembros de la fraternidad histórica profesional. Geyl es, sin disputa alguna, uno de los más grandes historiadores del siglo XX. Su nombre ya se coloca junto a los de Huizinga y Pirenne, dos sobresalientes historiadores de los Países Bajos, y la opinión de que Geyl los supera en profundidad y amplitud de su visión histórica cobra mayores adeptos cada día.

La fama y el prestigio del historiador neerlandés fuera de su patria también alcanzan niveles muy altos. A.J.P. Taylor, el historiador londinense, nos dice en el "Manchester Guardian": "El profesor Geyl, de Utrecht, es uno de los más eruditos penetrantes historiadores modernos. Nadie ha contribuído en forma mayor a mantener los "standards" históricos". (La traducción es nuestra. El artículo fue escrito, como es de

suponer, antes de la muerte de Geyl). El mismo catedrático inglés publicó en "The Observer": "Si me preguntaran cuál es el historiador que más he venerado en mi vida, respondería sin titubear: Pieter Geyl". (La traducción es nuestra). Christopher Hill, el conocido historiador marxista de Oxford declaró en el "New Statesman": "el profesor Geyl es un ejemplo excelente de la forma como poderosas opiniones políticas pueden ser un estímulo para nuevas interpretaciones históricas". (Esta, como las siguientes traducciones, son nuestras). De sus ensayos nos dice Trevor Roper en "The Times": "Cada uno de ellos es profundamente iluminador". G.P. Gooch el eminente especialista de la historiografía del siglo XIX sostiene que las conferencias de Geyl son como un baño de agua fría, que causan conmoción, pero que constituyen una fortificante experiencia para todos aquellos que no le temen al análisis de los problemas fundamentales de la vida y el pensamiento. Y así, o en términos parecidos opinan todos los que conocen su obra y han disfrutado de su brillante intelecto.

Pieter Geyl, quien nació en 1887 en Dordrecht, Holanda Meridional, se educó en Leyden, la antiquísima Universidad donde Huizinga regentó una cátedra de Historia, y su tesis doctoral para optar al título en 1911 tenía como tema la labor de Cristóbal Suriano, Residente veneciano en la Haya de 1616-1623. Poco después de obtener su doctorado se trasladó a Londres para desempeñar la labor de corresponsal del periódico neerlandés de mayor influencia. Sus méritos eran tan sobresalientes que en 1919 fue nombrado para la cátedra de Historia Neerlandesa en la Universidad de Londres, la misma institución universitaria en donde Toynbee, quien era producto de Winchester y Oxford, prestigió la cátedra de Historia Internacional. En 1935, Geyl se trasladó a su patria al obtener por concurso la cátedra de Historia Moderna en la legendaria Universidad de Utrecht. Permaneció en ella, con infausta interrupción, impartiendo sus vastísimos conocimientos hasta el año de su retiro en 1958. De 1941 a 1944 fue internado por la barbarie nazi y un año de éstos lo pasó en el macabro campo de concentración de Buchenwald. Su retiro de las aulas universitarias en 1958, al igual que el de Toynbee, no significó el cese de sus inapreciables actividades en la disciplina histórica. Honrado con el título de "Professor Emeritus", continuó sus incansables labores, escribiendo y pronunciando iluminadoras conferencias en Europa y los Estados Unidos hasta poco antes de su muerte.

No obstante que su permanencia en Londres, sus minuciosas investigaciones, su gran talento y esa extraordinaria facultad de percepción lo convirtieron en una verdadera autoridad en historia inglesa, lo que le ganó una legión de sobresalientes discípulos en los círculos académicos de habla inglesa, Geyl fue siempre, por encima de todo, un patriota neerlandés obsesionado por el movimiento nacionalista flamenco. Esta fue la gran pasión de su existencia. Su estudio sobre la revuelta neerlandesa publicado en Amsterdam en 1931, está generalmente reconocido como el estudio más autorizado sobre el tema (En inglés se publicó bajo el título de **The Revolt of the Netherlands** 1555-1609, London 1966, y esa es la edición que hemos estudiado). Su contribución principal y su tesis fundamental, fue el demostrar que la separación de los Países Bajos en dos fracciones —el norte protestante y el sur católico— durante el período de la rebelión contra España no era, como piensan muchos historiadores menos versados, un rompimiento inevitable basado en pautas religiosas y nacionales. El autor sostiene, sobre una extraordinaria base documental, que el resquebrajamiento obedeció a la configuración geográfica del territorio, al genio militar del duque de Parma y a la habilidad político-militar de los príncipes de la Casa de Orange. También demostró en forma clara y contundente la falacia del argumento, aceptada por todos los historiadores hasta entonces, de que la Casa de Orange siempre representó el verdadero espíritu nacionalista de las provincias neerlandesas.

Súbitamente, todo lo que se había escrito sobre el tan debatido tema de la revuelta de los Países Bajos contra el gobierno de Felipe II parecía anticuado y obsoleto. El famoso y tradicional libro del historiador norteamericano John Lothrop Motley, **The Rise of the Dutch Republic**, que por casi cien años había sido la obra "standard" al respecto y que nos pinta a Guillermo el Silencioso como noble y magnánimo y a los neerlandeses como amantes de la libertad y víctimas de los crímenes y crueldades de Felipe II, el duque de Alba y otros monstruos enviados por el gobierno español para sofocar la rebelión, fue el que más salió lastimado. Geyl demostró que el libro de Motley era un cuento de hadas y que como historia no valía nada. La política del monarca español es analizada y justificada por un historiador infinitamente superior a Motley. Como ya hemos dicho, a Geyl le apasionaba el movimiento nacionalista flamenco, sobre todo a partir de 1855, y en su **History of the**

Low Countries: Episodes and Problems (London 1965) analiza la disputa entre valones y flamencos en forma tal que nos permite entender las razones por la acritud de las querellas lingüísticas entre los dos grupos. El historiador presenta en forma diáfana y efectiva la posición de los flamencos y sus argumentos resultan tan sólidos que han inclinado la balanza de la crítica histórica a favor de los últimos.

La amplitud de la visión histórica del ex-profesor de Utrecht no parece tener límites. Profundos y analíticos estudios sobre Shakespeare, la Guerra Civil Norteamericana, un estupendo trabajo sobre historiadores franceses especializados en el período napoleónico (publicado en inglés bajo el título de **Napoleon For and Against,** (London, 1958), sus análisis y críticas a historiadores y escuelas históricas (**Encounters in History**, London, 1963; y **Debates with Historians**, Cleveland, 1958), su polémica con Toynbee, ensayos sobre historia inglesa, etc., etc., constituyen todo un monumento a la historiografía en su mayor expresión. En todos ellos Geyl se muestra en su mejor forma como crítico histórico, y como muy bien ha dicho el historiador inglés C.R. Boxer: "Cuando Geyl está en su mejor forma es insuperable". Estos son, a grandes rasgos, los méritos que posee Geyl para ser considerado como uno de los más grandes historiadores de nuestro siglo. Y a ello hay que añadir que en sus críticas y ataques fue siempre cortés, objetivo y exageradamente imparcial. Como "Militancia en favor de la moderación" ha sido descrita su actitud histórica ante los diversos problemas que analiza.

¿Cuáles son las objeciones que Geyl le hace a quien él llama: "Profeta de la Destrucción"? Según el neerlandés, muchos otros escritores distinguidos, anteriores a Toynbee, intentaron estudiar la Historia como un todo para descubrir pautas y tendencias y encontrarle su significado. Entre éstos tenemos: San Agustín, Bossuet, Condorcert, Hegel, Marx, Buckle, Wells, Spengler, etc. Toynbee es sólo el último y, por cierto, uno de los más sobresalientes. La erudición de Toynbee lo llena de asombro ya que en su opinión nadie podría analizar con tanta sabiduría las civilizaciones de Asia, China, India, Egipto y América. Los conocimientos de Toynbee sobre Roma y la Hélade, al igual que su dominio sobre la literatura clásica son, según Geyl, completos. Despierta su curiosidad también el hecho de que la Biblia es permanente fuente de inspiración para Toynbee lo mismo que los escritos y el pensamiento de

los grandes genios modernos: Shakespeare, Goethe, Shelley, Meredith etc., a quienes cita "verbatim" con suma facilidad. Igualmente emplea para sustentar sus conclusiones argumentos filosóficos, etnológicos, sociológicos y psicológicos. Probablemente no exista en el mundo entero una persona que posea la erudición de Toynbee. Y eso que Geyl se abstiene de mencionar los conocimientos de arte, arquitectura, pintura, escultura etc., del pensador inglés.

Mas lo que preocupa a Geyl es la interrogante de si se puede declarar que lo que escribe Toynbee es Historia o no. ¿Es ello Historia o Literatura? La crítica esencial de Geyl, la que incluye todas las otras, está basada en su firme convencimiento de que, contrario a lo que aduce Toynbee, sus conclusiones no descansan sobre métodos empíricos. Según el neerlandés Toynbee se auto-engaña al respecto. Si Toynbee, nos dice su antagonista, hubiera examinado los desarrollos históricos con una mente abierta y objetiva, limitándose a formular las tesis que le suministraban los hechos observados, examinados y comparados, nunca habría podido llegar a esas divisiones históricas en determinadas partes que encontramos en las primeras páginas de su primer volumen, ni hubiera podido decir en sus notas de referencias del volumen de 1934 lo que descubriría en 1950 y aún en 1960.

El conocimiento de Toynbee es milagroso, acepta Geyl, y la riqueza de ejemplos y casos paralelos es abrumadora, pero, desgraciadamente, la historia de la humanidad es mucho más que eso. Después que el crítico se frota los ojos ante la deslumbrante erudición se descubre que Toynbee sólo nos ha servido una cucharada de una enorme olla y cuando se pesca en una olla, no se debe seleccionar. Y esto es precisamente lo que hace el inglés: seleccionar los ejemplos que sustentarán sus tesis y presentarlos en la forma que mejor le conviene. Y lo hace con tal seguridad y auto suficiencia que casi no nos deja espacio para la sospecha de que no solo se pueden citar innumerables ejemplos que contradicen sus teorías, sino que los casos que menciona pueden ser interpretados en una forma tan diferente que los haga discrepar por completo de la tesis central del autor. Se puede estar o no a favor de las teorías de Geyl, pero no cabe duda que si nos atenemos a un riguroso método histórico llegaremos a la conclusión que en este punto tiene toda la razón.

Lo curioso del caso es que el propio Toynbee parece estar de acuerdo con su rival. Hace poco leíamos un interesante libro sobre el autor

de **A Study of History**, el cual contiene un intercambio de ideas entre Toynbee y su hijo Philip y que se titula: **Comparing Notes a Dialogue Across a Generation** (London 1963). En el diálogo que nos presenta el libro, Toynbee, al contestar una pregunta de su hijo, novelista y editorialista del periódico "The Observer", sobre si hay historiadores libres de prejuicios, asevera: "Creo que esto es un fuego fatuo. Considero que uno tiene prejuicios por el simple hecho de ser humano. Además, de la parcialidad emocional, tenemos prejuicios intelectuales y ello nos induce a encontrar algunos puntos interesantes y otros no. Lo probable es que uno esté **constantemente seleccionando diferentes hechos históricos, o aspectos de la Historia, simplemente porque nos sentimos intelectualmente atraídos hacia ellos.** . . Toda la Historia se escribe desde un punto de vista prejuiciado. . ." (La traducción y el subrayado es nuestro). ¿Se necesita decir algo adicional para aceptar la aseveración de Geyl al respecto?

En 1948, molesto sin duda alguna por los ataques de Geyl, Toynbee aceptó participar junto a su crítico en un debate radial en la B.B.C. de Londres. Toynbee reiteró ante los mundialmente famosos micrófonos londinenses sus tesis favoritas: su creencia en la libre voluntad humana, su fe en la capacidad del hombre para responder cuando la vida le presenta un reto, y negó que en ocasión alguna pretendiese utilizar la Historia para convertirse en un adivino de fortuna capaz de predecir el futuro del mundo. "Con la terrible advertencia del determinismo dogmático de Spengler ante mis ojos" declaró "he tenido siempre mucho cuidado en considerar el futuro de nuestra civlización como un problema abierto y aún sin determinar". Al responderle, Geyl se mostró complacido por esas declaraciones, pero señaló que algunos aspectos de la obra de Toynbee no se reconciliaban con semejante actitud mental. A ésto replicó Toynbee, medio disgustado, que sólo él podría ser la persona que juzgase cuales eran sus creencias. En esto, por supuesto, tenía razón, pero como muy bien redarguyó Geyl, todos estamos en libertad de criticar el sistema desarrollado en **A Study of History** especialmente cuando ese sistema parece divergir con lo que el autor expone como sus creencias oficiales. Geyl tiene la certeza que las dos posiciones están en abierto conflicto y muchos historiadores son de la misma opinión.

Es imposible en un corto ensayo adentrarnos en la estructura histórica creada por Toynbee a quien una importante publicación francesa

sobre la Historia, (**L'Histoire Et Ses Méthodes** Ed. Charles Samaran Encyclopédie de la Pleiade, Paris 1961) cataloga como "cultorologista"; pero para resumir podemos decir que sus teorías parten de la premisa de que una civilización progresa durante un período determinado y si luego sufre un colapso, éste tiene su origen en el fracaso de sus dirigentes para responder ante un reto. Es decir, el colapso se debe atribuir a fallas humanas. Casi todas las civilizaciones, y el autor menciona algo más de una veintena, han pasado por este proceso. ¿Pero, qué se entiende por colapso? ("breakdown" es el término inglés usado, lo cual también se puede traducir como caída o derrumbamiento). Según Toynbee, colapso no significa el fin, sino sólo el principio del fin. Esta etapa de desintegración puede prolongarse por varios siglos. Durante este extenso período, los dirigentes de la civilización herida no son capaces de enfrentarse con éxito a los retos, y las crisis se suceden unas a otras hasta cuando llega la disolución definitiva. Esta es la tesis central de Toynbee, a la cual retorna una y otra vez y respalda con innumerables ejemplos. Muchos

ataques de Geyl, Trevor-Roper y otros 168 críticos penetraron la epidermis historiográfica del ex-profesor de Londres y lo obligaron a bajar, bien que temporalmente, de su pedestal. En 1961 la Universidad de Oxford publicó el duodécimo volumen de su obra con el sugestivo título de **Reconsiderations.** Estas reconsideraciones constituían su respuesta al reto lanzado por los que discrepan con sus conclusiones históricas. Es evidente que el autor acepta de mejor gana los ataques, cubiertos por guantes de seda, de Geyl, que el implacable estilete de Trevor-Roper. Al historiador neerlandés lo menciona en 43 de las páginas, al inglés únicamente en cinco.

Las acusaciones de Geyl que lo perturban en mayor grado son: la de que desempeñar el papel de profeta y al mismo tiempo prestarle atención a las críticas son cosas incompatibles; el hecho de que se considera portador de un mensaje; y el aserto de Geyl de que como Toynbee es un profeta y no un historiador nunca contestará a los críticos, porque su posición lo hace impermeable a la crítica. "En este volumen" dice Toynbee "he respondido a mis críticos, por lo tanto no puedo ser profeta después de todo" (pág. 4). Geyl no ha sido implacable al lanzar sus dardos y el autor parece agradecer el que Geyl considere que "Toynbee como profeta y como poeta es extraordinario".

Pero Geyl, en su ya mencionado **Encounters in History**, publicado dos años después de **Reconsiderations,** no acepta que Toynbee contestara en forma adecuada a sus críticos. Ello es así, según el neerlandés, porque a pesar de que Toynbee admite que las críticas hechas por Geyl al análisis de su historia inglesa son válidas y que prometen también revisar sus conclusiones en este aspecto para hacerlas aceptables a Geyl, ignora las acotaciones que le hizo en torno a fallas fundamentales sobre historia italiana del siglo XIX, o las de historia norteamericana. En esta última área histórica el eminente profesor inglés parece caer en los errores que Isaiah Berlin nos describe tan maravillosamente en su libro **Historical Inevitability** (Oxford 1955) y que se pueden explicar como: "La Historia (con mayúscula) permite; la Historia reafirma su ascendencia; la Historia mantiene un ojo alerta; la Historia es caprichosa; Clío es inconstante etc., etc." Este tipo de argumento, tendrá que admitir cualquier observador imparcial, prostituye el método histórico. Geyl también aduce que es evidente que una crítica racional, basada en hechos, no puede tener significado alguno para un pensador que se

considera lo suficientemente privilegiado como para poder compartir los caprichos de la musa Clío. Con una persona así no hay discusión posible. Además, concluye Geyl, la respuesta de Toynbee al ensayo de Trevor-Roper en Encounter: "sin comentarios", no es suficiente. Con justificada razón declaró Arthur Schlesinger Jr. que el aparato metodológico de Toynbee mostraba una apariencia maravillosa, una brillante precisión y una admirable eficiencia, pero, desgraciadamente, el profesor Geyl lo desarmó y demostró que la deslumbrante fachada no era sino algo falso, pretensiosamente fingido.

Nadie le niega el derecho a un filósofo, sociólogo, literato o psicólogo de escribir sobre Historia. Pero un historiador profesional también cuenta con el derecho de exigir que éstos se ciñan al método histórico. De lo contrario se cae en el peligro de escribir Filosofía, Sociología, Literatura o Psicología, pero **nunca** Historia. Y quien en tal delito metodológico y cognoscitivo incurre jamás podrá estar libre de duras críticas y ataques del historiador profesional, no importa cuan sacrosanto sea su prestigio en esas otras ramas del saber.

Por lo tanto a cualquier historiador profesional, que como tal debe poseer méritos de imparcialidad y objetividad, que se le preguntara quien opina él que tiene razón en esta polémica la respuesta sólo puede ser una: Geyl.